

EL SOL PUEDE ESTALLAR

ROY SILVERTON

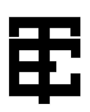
El sol puede estallar

Colección ESPACIO

El sol puede estallar

por

Roy Silverton



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

DEPÓSITO LEGAL B. 8.458 - 1960

Núm. De Registro: 2.028 - 60

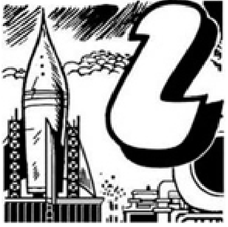
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, Barcelona

EL SOL PUEDE ESTALLAR

CAPÍTULO PRIMERO



A patrulla de policía del Espacio destacada en la lejana base de Plutón se componía de un sargento y doce hombres. Bastaba tan reducido número para mantener una vigilancia eficaz sobre aquel sector tan apartado de las rutas espaciales corrientes, pues eran muy pocas las astronaves que se aventuraban por la periferia del Sistema Solar, donde sólo podía encontrarse el vacío y un planeta sin vida, Plutón, donde estaban instaladas algunas penitenciarías siderales. Dichos centros penales tenían su propia guardia, y los reclusos trabajaban en las minas del planeta, sin que se permitiera llegar al mismo a ningún

particular con intención de explotarlas por su cuenta. Por eso, con la reducida patrulla había bastante para el control del espacio que rodeaba al planeta frío.

Cada hombre disponía de su aparato monoplaza para elevarse a gran altura y salir al encuentro de cualquier intruso que se negara a acatar las órdenes que previamente le eran radiadas. Dichos aparatos servían también para efectuar en un momento dado una rápida inspección a toda velocidad por la superficie del planeta. Y aparte de ellos, la patrulla disponía de una nave bien artillada, apta para los largos viajes y capaz de hacer frente al enemigo más recalcitrante.

El control no se efectuaba desde el aire sino desde la propia base, mediante aparatos de radar ultramodernos que detectaban la presencia de cualquier cuerpo extraño a muchos miles de kilómetros de la superficie de Plutón. Bastaban, pues, dos hombres de servicio para que éste fuese perfecto y nada escapase a la vigilancia de la patrulla que mandaba Carrigan.

La vida en Plutón resultaba bastante menos aburrida de lo que se podría suponer al considerar la absoluta falta de atractivos del planeta. Pero mediante un sistema de televisión, que era retransmitido desde estaciones instaladas en cada uno de los planetas que separaban a Plutón de la Tierra, los hombres del Espacio podían disfrutar de toda clase de espectáculos, presenciar las competiciones de sus deportes favoritos y hasta comunicarse directamente con sus familiares y amigos. Faltaba, naturalmente, el contacto directo; pero esto se remediaba al transcurrir tres meses, ya que después de ese tiempo la patrulla era relevada y cada hombre disponía de treinta días de permiso que podía pasar en la Tierra, en compañía de sus familiares.

Y esto era en realidad lo que esperaban aquellos hombres, pese a las comodidades que la ciencia les ofrecía en aquel alejado mundo. Todos anhelaban el momento de regresar a la Tierra y estrechar entre sus brazos a los seres queridos, en vez de tenerlos que contemplar, tan real como se quiera, sobre el cristal esmerilado de una pantalla. Pero a la patrulla del sargento Carrigan le faltaba aún mes y medio para que finalizara su servicio reglamentario en los confines del Sistema, y los hombres no tenían más remedio que armarse de paciencia y limitarse al contacto por televisión, pues sabían que sólo para un caso muy grave se les concedería permiso antes de tiempo.

Bruce Mac Donald, uno de los componentes de la patrulla, estaba en aquel momento cómodamente sentado en la biblioteca de la base, leyendo una novela de los tiempos de la colonización del Oeste americano. Bruce Mac Donald, de veintiocho años, alto, atlético, y quizás el chico más simpático de la patrulla, era hombre de ideas propias. No le gustaba la televisión, y se servía de ella únicamente

para comunicarse con Helen, su novia, ya que aquél era el único medio de poderla ver todos los días. Pero para su esparcimiento prefería aquellos viejos novelones, que le trasladaban a unos tiempos de ensueño y le ponían en contacto con unos héroes que, pese a no disponer de los grandes medios de lucha de los tiempos actuales, realizaban hazañas que parecían increíbles. Bruce pensaba a veces en lo fácil que sería acabar con varios millares de indios enfurecidos mediante una aeronave y unos cuantos proyectiles atómicos. Pero tenerlo que hacer con aquellos viejos «Winchesters» y los «Colts» de seis tiros, era algo que pertenecía a la leyenda.

Le distrajo de su lectura la entrada de un compañero en la biblioteca.

—Tienes a Helen en la pantalla, muchacho — le avisó el recién llegado—. Desea hablar contigo con urgencia.

— ¿Eh? — Bruce cerró el libro y se levantó del asiento, mirando a su compañero con sorpresa —. Si hasta dentro de tres horas no debería comunicar conmigo. ¿Le habrá sucedido algo?

—Ella te lo dirá. Puedes conectarte aquí mismo, si quieres.

En efecto, en la biblioteca, como en las demás habitaciones de la Base, había una pantalla en conexión con la general. Bruce no tuvo más que oprimir un botón para que el cristal se iluminara y apareciese en el mismo, en colores naturales y en relieve, el bonito rostro de Helen Reíd, con la que estaba prometido desde hacía medio, año.

Bruce se había olvidado ya de los «gun-men» y de los indios con nombres caprichosos. Tampoco prestó atención al color, relieve y naturalidad con que aparecía reflejado el rostro de Helen. Lo único que le preocupaba en aquel momento era la sensación de angustia que demostraba la muchacha.

— ¡Helen! ¿Qué ocurre? — preguntó.

Se había situado delante del espejo transmisor, que, conectado con el gran aparato central de la Base, permitía que Helen le viese a él a su vez.

— ¡Tío Fergus ha desaparecido, Bruce!—espetó la joven, sin andarse con preámbulos—. ¡Y todo hace suponer que ha sido secuestrado!

— ¿Secuestrado? ¿Qué te hace pensar en semejante cosa, Helen?

—Le habían amenazado varias veces en el curso de las últimas semanas — explicó ella —. Al parecer, querían que se pusiera al servicio de no sé qué organización misteriosa. Yo no entiendo demasiado de estas cosas, pero ya sabes que tío Fergus es una de las principales personalidades científicas del país.

En efecto, Fergus Warren, hermano de la madre de Helen, era uno de los primeros científicos americanos del siglo XXV. Esto lo sabía Bruce, y, como él, lo sabía todo el mundo. Warren era el Edison de su época, y no había aparato que él no hubiese modernizado, aparte de que sus múltiples inventos prácticos eran cosa corriente en todos los hogares acomodados de entonces. Pero de esto a que lo hubieran secuestrado...

— ¿Por qué lo han hecho, Helen? — preguntó Bruce— ¿Tienes siquiera alguna idea? ¿Te había insinuado algo tu tío?

—Ya sabes que tío Fergus es muy callado para sus cosas — contestó Helen—. Supe que le habían amenazado cuando dio cuenta a la Policía, y se había establecido un servicio de vigilancia en torno a la casa.

—Entonces, no lo comprendo. Si teníais agentes de vigilancia...

—El secuestro se produjo al salir tío Fergus en su helicóptero particular — repuso la muchacha —. Le acompañaban dos policías, que han sido encontrados muertos en el interior del aparato, y éste abandonado en las afueras de la ciudad. Ya ves, pues, que no cabe la menor duda sobre el rapto.

— ¿Cuándo ha ocurrido, Helen?

—Tío Fergus había salido esta mañana, hace tres horas aproximadamente. El helicóptero y los cadáveres han sido encontrados hace escasos minutos.

— ¿Y... no se ha encontrado ningún rastro?

—Es muy pronto para ello, Bruce — contestó Helen—. Supongo que algo encontrarán. ¡Pero yo no tengo en el mundo a nadie más que a ti y a tío Fergus! ¿Comprendes, Bruce? Me siento sola y estoy asustada. ¡Si por lo menos te pudiera tener a mi lado! ¡No dudo de la Policía del Estado de Nueva York, pero estoy segura de que si tú te encargaras del caso todo iría mucho más rápido!

Bruce Mac Donald reflexionó unos momentos. Se hacía cargo de la situación de su prometida, y aunque todo ello resultaba muy raro, le hubiese gustado estar en Nueva York, al lado de Helen, para iniciar las investigaciones sobre el secuestro.

¿Qué se pretendía de Fergus Warren, el hombre de los múltiples inventos? Sin duda, hacerle trabajar en algo que interesaba a unos desconocidos, con una finalidad al margen de la Ley. Bruce no tenía la menor idea de lo que podía ser, pero se daba perfecta cuenta de que la búsqueda del desaparecido sería lenta, debido, sobre todo, a los trámites que se tendrían que efectuar.

La Policía del Estado de Nueva York, cuando se convenciese de que Fergus Warren no estaba en su territorio, traspasaría el caso a la

Policía Federal; ésta lo pasaría luego a la Interpol — nombre que se conservaba desde hacía varios siglos— y, por fin, cuando se llegase a la certeza de que el desaparecido no estaba en la Tierra, su búsqueda sería encomendada a la Policía del Espacio, que tenía jurisdicción en todos los astros del Sistema Solar.

Bruce Mac Donald podía solicitar una licencia de un mes, y ocuparse directamente del caso, evitando así el exceso de trámites. No era 1a primera vez que ocurría algo parecido, y, si le daban el permiso, podría empezar a investigar, al margen de lo que hicieran las diversas Policías que escalonaban el servicio de seguridad en todo el Sistema.

—Dentro de cuarenta y ocho horas puedo estar a tu lado, Helen— dijo, al terminar sus reflexiones—. Ya sé que es mucho tiempo, pero aun así tenemos suerte, pues hoy sale de Plutón una astronave hacia la Tierra. Si hubiera zarpado ya, tendríamos que esperar otros dos días.

Helen dijo:

—De acuerdo, Bruce. Pide ese permiso. Procura tenerlo en firme antes que parta la nave.

—Sí, Helen. Esto se puede resolver con mucha rapidez. El sargento Carrigan es muy buena persona y apoyará mi demanda al Cuartel General en Marte, Por el camino podré enterarme del avance que se haya efectuado, mientras, en la búsqueda de tu tío, ¡Ojalá cuando llegue yo a la Tierra ya hayan dado con él!

—Sería mi mayor deseo. ¿Me llamarás cuando tengas el permiso?

—Lo haré para tranquilizarte. No te muevas de la emisora, pues todo se solucionará en un par de horas. ¡Animo, y hasta luego, Helen!

—Espero tus noticias, Bruce.

El muchacho cortó la comunicación. Mientras abandonaba apresuradamente la biblioteca, donde su compañero le había vuelto a dejar solo para que hablase con Helen, pensó por unos momentos en sus héroes del Oeste y en la importancia que daban a su sistema de transmisión de noticias mediante señales de humo. No pudo evitar una sonrisa. Con aquel rudimentario procedimiento, desde luego, él no conseguiría nunca comunicarse con Marte para solicitar la licencia que tanta falta le hacía. Algo se había adelantado, pues, y Bruce, pese a su entusiasmo por las luchas contra los indios, no podía menos que reconocerlo.

Entró en el «living», donde solían reunirse los compañeros libres de servicio para contemplar sus programas televisados. El sargento estaría allí, con ellos, o en su despacho particular, resolviendo algo relacionado con el servicio. No prestó atención a que las pantallas estaban apagadas y a que todos los muchachos estaban de pie,

esperando órdenes.

Vio al sargento que entraba por el lado opuesto, procedente de su despacho, y se dirigió a su encuentro con la misma prisa que le había llevado al «living».

—Deseaba pedirle un favor, sargento — dijo, sin reparar aún en el rostro muy serlo de Carrigan, el cual, como la mayoría de hombres bajos y rechonchos, era más bien propenso a la jovialidad.

— ¿Un favor? Diga pronto de qué se trata, Mac Donald, pues vamos a salir a toda prisa.

Fue entonces cuando Bruce, dejando a un lado sus preocupaciones personales, se dio cuenta de la situación. Vio las pantallas que no funcionaban y a los hombres que esperaban órdenes. Vio el rostro grave del sargento..., y comprendió que el permiso se había esfumado antes de solicitarlo.

—Temo... temo que no hace falta que se lo diga, señor — balbució —. Se trataba de solicitar una licencia de un mes.

—Hace bien en decir que «se trataba», muchacho— repuso Carrigan —. Porque no es momento de hablar de licencias. Ha sido detectada una nave a cinco mil kilómetros sobre la superficie de Plutón. ¡Una nave que ha aparecido de repente, sin que los radares hubieran señalado previamente su aproximación! ¿Qué les parece, muchachos? — preguntó, dirigiéndose al conjunto.

— ¡Caramba! —exclamó uno—. A menos que hubiera habido avería en los receptores...

—Percy y Gorden están de servicio y aseguran que los radares no han dejado de funcionar un solo momento. Por otra parte, no se explicaría una avería momentánea, seguida inmediatamente de un periodo de regularidad.

—Sí — dijo el mismo de antes—. Pero no siendo así...

—Hay otra cosa aún — volvió el sargento—. Hemos efectuado varias llamadas a esa nave, sin recibir la menor contestación. Esto acentúa su carácter misterioso.

—Y las órdenes son... — dijo Bruce.

—Salir a su encuentro y obligarla a aterrizar. Acabo de hablar con el Cuartel General. Los ocupantes de esa nave deben de ser identificados, y hemos de saber cómo han aparecido en nuestro cielo de forma tan inesperada.

— ¿No podrían relacionarse la aparición de esa nave con la presencia del meteoro que ha sido capturado por Plutón recientemente? — preguntó Bruce, a quien su afición a las viejas novelas del Oeste no le impedía estar al corriente de los

acontecimientos espaciales.

En efecto, desde hacía una semana, el planeta Plutón poseía un diminuto satélite. Se trataba de un meteoro, o pequeño cuerpo celeste, de unos doscientos kilómetros de diámetro, que había llegado a sus proximidades procedente al parecer del espacio exterior, y que al ser capturado por el planeta se había convertido en satélite del mismo.

Aunque lo corriente era que esos pequeños astros, al acercarse a toda velocidad, acabaran estrellándose contra la superficie del cuerpo mayor que les atraía, el hecho de que en el caso presente aquel pequeño meteoro se hubiese puesto a girar en torno a Plutón, no era tampoco una anormalidad. Y no se había dado importancia a la cosa. El sargento Carrigan Se había limitado a comunicar la noticia en su parte diario, dejando el resto a la consideración de los astrónomos.

—No sabría qué decirle, Mac Donald— dijo, contestando a la pregunta de Bruce—. Sin embargo, la lógica hace suponer que ese pequeño astro no habrá llegado aquí llevando en su superficie una base de astronaves. Y como las cosas se aclaran mediante la acción, lo mejor que podemos hacer es elevarnos cuanto antes y tratar desde más cerca de ponernos en comunicación con los tripulantes de la nave.

Se interrumpió para pasar una breve revista a sus hombres. Pese a su aspecto, que le hacía un tanto grotesco, el sargento Carrigan era hombre eficaz y poseía capacidad para el mando que se le había confiado.

—Efectuaremos la salida en los aparatos individuales—dijo luego —, Percy y Gordon se quedarán en la Base para continuar su guardia, pero mantendrán contacto con nosotros, como es natural. Yo iré dando las órdenes sobre la marcha. ¡Adelante, muchachos!

No había más que decir. Bruce se quedaba de momento sin permiso, pero consideró que las cosas se podrían modificar si conseguían obligar a la misteriosa nave a que aterrizara y sus ocupantes eran capturados. Todo lo cual no haría perder demasiado tiempo, siempre según los cálculos mentales del joven. Por lo tanto, se abstuvo de comunicarse nuevamente con Helen. Le había pedido dos horas de plazo, y si las cosas marchaban como era debido, en ese tiempo le podría contestar. Quizás entonces, con la nave rendida ya, el permiso no sería negado.

Bruce fue a equiparse, pues, con los demás. En realidad, lo único que tenían que hacer era colocarse al cinto dos pistolas, la automática y la de balas corrientes, y dirigirse luego al departamento de los aparatos de reconocimiento.

Allí se acabaron de equipar, colocándose el casco de vacío y el antigravitator, aparato éste que suplía con gran ventaja a los antiguos

paracaídas, y que se llevaba siempre a la espalda cuando se salía a efectuar una misión. Los cascos de vacío estaban provistos de radio, de modo que llevándolos puestos podían comunicarse unos con otros e igualmente, con la Base o con cualquier nave que quedase dentro de su radio de alcance.

— ¿Listos, muchachos? — preguntó el sargento.

—Sí, señor—fue la respuesta unánime.

— ¡Pues a los helicópteros!

Se conservaba el nombre de helicóptero para aquellos aparatos, porque tenían la capacidad de elevarse verticalmente y evolucionar con la máxima precisión en todas direcciones. Pero la semejanza no pasaba de aquí, pues se trataba en realidad de pequeñas naves provistas de motor atómico, sin hélices, ya que de nada servirían en mundos carentes de atmósfera, y que podían desarrollar una velocidad considerable.

Once de dichas navecillas fueron ocupadas inmediatamente por el sargento y sus diez hombres. Cada nave estaba dotada de un pequeño cañón y dos ametralladoras, todo de carga atómica. Y, aparte de esto, poseían un depósito de bombas de poco tamaño pero muy eficaces, que lo mismo podían ser soltadas abriendo una pequeña compuerta de la parte inferior del aparato, que lanzadas directamente a mano si las circunstancias lo aconsejaban.

Desde su navecilla, Carrigan estableció contacto con la cabina de mando de la Base, donde habían quedado los otros dos hombres.

— ¡Aquí, el sargento! Estamos preparados para salir. Abran la cúpula.

—Sí, señor — contestó una voz.

Luego, el sargento se dirigió a los pilotos de las demás navecillas:

— ¿Todos preparados? Bien... ¡A elevarse! ¡Suerte, muchachos!

Un segundo más tarde, los once aparatos empezaban a ascender hacia lo alto de aquel vasto almacén, cuyo techo, en forma de cúpula transparente, permitía ver el exterior, de donde recibía directamente la luz.

La cúpula, sin embargo, no se había abierto aún. Los once aparatos llegaron casi a tocarla, y tuvieron que permanecer unos momentos parados, en suspenso, mientras debajo de ellos se cerraban unas enormes compuertas transparentes también, que les dejaban aislados en la cúpula. Esto se hacía para que la atmósfera artificial del interior de la nave no se perdiese al ser abierta la cúpula. Terminada esta operación, se inició la apertura de la última muralla que les separaba del exterior. La gran cúpula pareció partirse por la mitad, y

por el espacio que quedó abierto las once navecillas se deslizaron al exterior del planeta, emprendiendo entonces una marcha veloz hacia las alturas, siempre bajo el control del sargento Carrigan.

— ¡Atención! ¡De momento, ascenderemos en formación regular! ¡Mediante los aparatos de radar localizaremos la situación de la nave y nos dirigiremos a ella!

Y la escuadrilla emprendió la marcha hacia un punto determinado del espacio, donde los aparatos de radar de cada navecilla habían localizado la presencia de la nave misteriosa.

El meteoro, convertido en satélite de Plutón, daba vueltas encima de las cabezas de los policías. Lo vieron pasar dos veces, en el curso de su viaje hasta la nave, y por fin pudieron distinguir también a ésta, directamente, sin necesidad de la ayuda del radar.

— ¡Disminuyan la marcha a un tercio! —ordenó entonces Carrigan —. Voy a establecer comunicación con la nave.

Momentos después, le oían decir:

— ¡Atención, la nave! ¡Llama el sargento Carrigan, jefe de la patrulla del Espacio de servicio en Plutón! ¡Contesten! ¿Quiénes son ustedes y qué hacen ahí?

No se recibió ninguna respuesta, y el sargento repitió otras dos veces la llamada. El resultado seguía siendo nulo, por lo que Carrigan tuvo que amenazar:

— ¡Les concedo un minuto! ¡Si transcurrido ese tiempo no recibo contestación, ordenaré el ataque!

Entonces hubo respuesta, pero no de la forma que esperaban el sargento y sus hombres. Los cañones de la nave empezaron a disparar, sin previo aviso, y los aparatos de radar de la escuadrilla captaron la rápida aproximación de los proyectiles.

— ¡Dispersarse! — ordenó Carrigan—.¡Dispersarse a toda prisa! ¡Que cada hombre actúe por iniciativa propia! ¡Hay que conseguir…!

Los restantes pilotos no oyeron más. Se habían dispersado rápidamente, de acuerdo con la orden recibida, pero no lo bastante para evitar que uno de los proyectiles hiciera blanco en la misma nave del sargento.

Bruce, desde su cabina, vio cómo el fuselaje de la nave de Carrigan se partía por la mitad, y segundos más tarde pudo ver al propio sargento que se había lanzado fuera de los restos de su aparato y descendía hacia el suelo de Plutón, lentamente, sostenido por su antigravitator.

Y la voz de Carrigan llegó de nuevo a los auriculares de su casco

de vacío:

— ¡He tenido desgracia, pero ustedes sigan! ¡Hay que forzar a esa nave a la rendición! ¡Sí puedo llegar a tiempo a la Base, me reuniré con ustedes con uno de los aparatos de reserva! ¡Sigan! ¡Sigan! ¡Y ataquen!

— ¡Sí, señor!—contestó Bruce, al tiempo que lo hacían sus camaradas.

Estaban ahora a mucha distancia los unos de los otros, pues se habían dispersado en forma radial para dificultar los disparos de la nave enemiga. Sin embargo, desde cada una de sus posiciones los aparatos de la Policía se tenían que lanzar en vuelo concéntrico para converger sobre la nave misteriosa y poder hacer blanco con sus armas.

Bruce y sus compañeros lo efectuaron, sin previo acuerdo, porque era la forma más lógica de atacar. Las diez navecillas evolucionaron durante unos momentos, y luego, de pronto, se lanzaron hacia la gran nave enemiga, haciendo funcionar todas sus armas a la vez.

Sin embargo, Bruce comprobó con estupor que la mayoría de los proyectiles estallaban en el espacio, poco antes de llegar a su objetivo.

—Poseen una barrera de ondas magnéticas — murmuró —. En este plan, vamos a gastar toda nuestra munición antes de conseguir un solo impacto.

La barrera de ondas magnéticas, que funcionaba en combinación con el radar, era una defensa que únicamente estaba autorizada a las naves de carácter militar. Las restantes, dedicadas al transporte de viajeros o de mercancías, incluidas las particulares, podían llevar pequeños cañones para contingencias imprevistas, pero nada más. No obstante, aquélla había hecho caso omiso de todas las leyes e iba poderosamente preparada, tanto para la defensa como, para el ataque.

Los policías disponían de un aparato emisor de ondas magnéticas en su gran nave colectiva. Pero ésta se había quedado en la Base — lo cual tal vez había sido un error del sargento Carrigan—, y en los helicópteros monoplazas no había espacio para el emisor, aparte de que, con su peso, hubiera dificultado la rapidez de movimientos, que era esencial en las navecillas.

Por lo tanto, los componentes de la patrulla se veían forzados a luchar con todas las desventajas. Sus proyectiles eran expulsados por las ondas magnéticas, que los hacían estallar antes de tiempo con sus violentos choques, mientras que ellos, para protegerse de los disparos enemigos, no podían hacer otra cosa más que mover continuamente los helicópteros.

Esto no bastaba, naturalmente, y pronto dos de los pequeños

aparatos sufrieron la misma suerte que el del sargento Carrigan. Uno de ellos resultó completamente destrozado, y, por lo tanto, muerto su piloto; al otro, Bruce lo vio caer hacia la superficie de Plutón, atenuado por el antigravitator, lo mismo que el sargento.

Hasta aquel momento, sólo dos o tres proyectiles habían podido burlar la barrera magnética, estrellándose contra el casco de la aeronave. Pero sus efectos habían sido poco eficaces, ya que, dada la desproporción de medios, se necesitaba una verdadera lluvia de impactos para destrozarla.

Existía un medio, pero aunque era muy arriesgado, Bruce pensó en llevarlo a la práctica. Consistía en acercarse todo lo más posible a la nave, de modo que los disparos, efectuados desde tan poca distancia, casi encima mismo de la barrera, consiguieran perforarla también y llegaran a su objetivo. Este medio tenía como contrapartida que el helicóptero se ponía a su vez demasiado al alcance del fuego de la nave, lo que no dejarían de aprovechar los tripulantes de la misma.

Sin embargo, Bruce estaba decidido. El tiempo iba transcurriendo, y si no se ponía fin a aquella situación, tendría que abandonar definitivamente la idea de conseguir el permiso que necesitaba para ir a la Tierra y ayudar a Helen en su apurada situación.

— ¡Atención, muchachos!—advirtió a sus compañeros—, ¡Voy a lanzarme contra la nave! ¡Fijad bien mi posición para que no reciba vuestro fuego!

— ¡Eso es una locura, Mac Donald!—le contestó uno de los policías—. ¡Vas a buscar la muerte segura! ¡Nuestro deber no nos puede llevar al suicidio!

— ¡No pienso suicidarme, sino que, al contrario, quiero vivir! —repuso Bruce— ¡Existe una probabilidad contra ciento de conseguir cruzar la barrera magnética, y voy en busca de esa posibilidad! ¡Deseadme suerte, amigos!

En aquel momento otro de los helicópteros caía destrozado, y con el piloto seguramente muerto. Esto encorajinó a Bruce, y aumentó su resolución. Era posible que se estrellara, pero también lo era que tuviese suerte y fuese la gran nave la derribada y no. su pequeño helicóptero.

Pulsó los mandos con energía, y se lanzó adelante. Desde la nave lo vieron acercarse sin duda, porque los cañones de la misma fueron dirigidos hacia él, obligándole a imprimir a su avance un movimiento de zigzag para evitar que el helicóptero fuese alcanzado.

Tuvo suerte en los primeros momentos. Pudo pasar entre la lluvia de proyectiles enemigos, sin que ninguno hiciera blanco en su aparato, mientras llegaban a sus oídos las voces de sus compañeros, pidiéndole

que desistiera de su actitud;

— ¡Retírate, Mac Donald! ¡No seas loco!

— ¡Vas a hacerte matar!

— ¡Retrocede ahora que estás a tiempo!

Todo fue inútil, y Bruce siguió adelante. Estaba haciendo de aquello una cuestión personal, y ya no era siquiera el deseo de acabar pronto con la nave para poder ir en ayuda de Helen lo que le estimulaba a avanzar, sino su propio prestigio. Era un reto que él, policía del Espacio, había lanzado con su diminuto helicóptero a aquella gigantesca nave. Se consideraba un David justiciero en lucha contra aquel Goliat criminal, y éste era ya el único motivo por el que deseaba llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias.

El helicóptero seguía avanzando, y, mientras, Bruce pudo comprobar que sus balas estaban empezando a perforar la barrera, y hacían blanco, efectuando pequeños destrozos en el flanco de su objetivo. Esto le dio nuevo entusiasmo, hasta que, de pronto, tuvo lugar la catástrofe.

Bruce no tuvo idea clara de lo que pasó en realidad. Pero dedujo que era el propio helicóptero el que había chocado ahora contra la barrera, destrozándose su parte delantera y siendo despedido con violencia hacia arriba por ser sin duda éste el sentido de la onda que lo había lanzado.

Sintió un fuerte golpe en el pecho al ser arrancado el cuadro de mandos y precipitado hacia él. Pero no se notó herido de consideración, ni llegó siquiera a perder la noción de las cosas. El mismo impulso que destrozó su aparato lo lanzó a él fuera del mismo, y Bruce, por instinto, buscó el pulsador de su paracaídas antigravitatorio.

Lo encontró en el mismo momento en que su cuerpo volvía a chocar contra algo, y cuando se pudo por fin dar cuenta de su verdadera situación, se encontró sentado sobre la torreta de proa de la nave enemiga.

Su cuerpo había cruzado la barrera magnética sin ser despedido nuevamente. Tal vez se había producido un hueco, o quizá, durante unos segundos, después del choque contra el helicóptero, la barrera había dejado de funcionar. Lo cierto era que él, Bruce, estaba sobre la proa de la nave, y que, como las ondas se producían a varios metros en torno de la misma, él quedaba ahora detrás y no podían expulsarle de allí.

Tampoco le podían alcanzar los cañones o ametralladoras de la nave, porque, asimismo, estaba detrás de su línea de tiro. Lo único que podían hacer ahora sus enemigos era salir al exterior, para habérselas

con él cuerpo a cuerpo, y esto era cosa que no asustaba a Bruce lo más mínimo. Llevaba sus dos pistolas al cinto, y estaba dispuesto a esperar.

Sus compañeros, después de sufrir otra pérdida, se estaban retirando de una lucha en la que no podían hacer nada. La nave quedaba vencedora, pero llevando un parásito sobre ella. Un parásito que se llamaba Bruce Mac Donald, y que estaba dispuesto a picar con fuerza tan pronto como le diesen la oportunidad.

Desde su sitio, el policía se limitó a observar los movimientos de la nave, ya que no podía hacer otra cosa. Vio que tomaba una dirección determinada, y que de pronto aparecía a lo lejos el meteoro que se había convertido en diminuto satélite de Plutón.

La nave avanzó decidida al encuentro de aquel pequeño cuerpo espacial y lo sobrevoló algunos momentos, y acabó por fin posándose en su superficie pedregosa.

— ¿Será cierto que procedía de aquí? — murmuró Bruce, cada vez más extrañado—. No parece posible. Este meteoro fue capturado por Plutón procedente del espacio exterior. ¿Cómo iba a llevar una nave en su superficie?

Y de pronto su extrañeza se convirtió en asombro, y luego en estupor. La gravedad había cambiado, de forma que Bruce veía ahora a Plutón en lo alto, como una monstruosa luna que fuera a lanzarse encima del minúsculo meteoro. Esto era normal, desde luego. Lo que se salía de lo corriente era que Plutón se estaba convirtiendo cada vez en un astro más pequeño, o dicho de otro modo, la distancia entre el planeta y el satélite aumentaba por momentos, a gran velocidad.

Y como cabía admitir que Plutón permanecía en el mismo sitio, Bruce no tuvo la menor duda de que era el meteoro el que se alejaba. Se había producido, pues, un cambio completamente inexplicable. ¡El meteoro, convertido hasta hace poco en satélite del más lejano de los planetas del Sistema, se separaba de él bruscamente, por un fenómeno que se salía de las leyes conocidas!

Porque lo natural era que, al romperse el equilibrio que hacía girar al meteoro en torno a Plutón, atraído aquél por la gravedad de éste, fuera a estrellarse contra su superficie. Y estaba ocurriendo exactamente lo contrario. ¡Por una incomprensible reversión de las leyes de la naturaleza, el meteoro se alejaba en línea recta de Plutón a una velocidad vertiginosa!

Bruce, sentado sobre la torreta de la nave, se dijo a sí mismo que era incapaz de comprender nada. Pero su temperamento luchador le hizo permanecer allí con los nervios templados, en espera de los acontecimientos.

CAPÍTULO II



N primer lugar, Bruce observó la dirección que había tomado el meteoro en aquel inesperado viaje, y pudo comprobar que se estaba adentrando en el Sistema Solar. El planeta Neptuno, el más inmediato, aumentaba de tamaño a medida que Plutón disminuía. Y esto fue un consuelo para Bruce. Si la marcha se efectuaba hacia el centro del Sistema, estaría cada vez más cerca de la Tierra, y, por lo tanto, de Nueva York y de Helen. Era un consuelo muy relativo, pero, en definitiva, siempre era preferible aquello a que el meteoro se hubiese alejado hacia los inconmensurables espacios exteriores.

Estaba pensando ya en la manera cómo podría abandonar la nave y el meteoro, cuando en los auriculares de su casco de vacío se produjo una llamada inesperada:

— ¿Está ahí, Bruce Mac Donald? ¿Piensa permanecer indefinidamente sobre nuestra torreta?

— ¿Eh?— exclamó él, sorprendido. No cabía duda de que la llamada procedía del interior de la nave —. ¿Cómo saben... cómo saben que mi nombre es Bruce Mac Donald?

Tuvo la sensación de que la voz que le había hablado no le era desconocida. Sin embargo, por más que se esforzó durante aquellos breves momentos no le fue posible recordar dónde la había oído antes.

Oyó una risita burlona, y luego la misma voz, que replicaba:

— No se rompa la cabeza, Mac Donald. Ha sido una verdadera suerte que precisamente fuera usted el que haya ido a situarse sobre nuestra nave. Porque era a usted a quien buscábamos en Plutón.

— ¿A mi? ¿Y por qué? No comprendo nada. ¿Qué tienen que ver ustedes conmigo?

—Lo sabrá a su debido tiempo, Mac Donald. Lo importante es que le tenemos ya. Hubiera sido una lástima que su aparato hubiese sido uno de los que han perdido el piloto durante el combate o de los que han regresado a la Base después. Porque nuestra estancia sobre el cielo de Plutón tenía por objeto capturarle a usted.

— ¡Pero todavía no me han capturado! — exclamó Bruce, con dignidad—. ¡No se captura tan fácilmente a un miembro de la Policía del Espacio! ¡Para cogerme tendrán que salir, y les advierto que estoy bien armado!

Su interlocutor rio de nuevo. Luego dijo en tono burlón:

—Veremos de qué le servirán sus armas cuando lleve unas cuantas horas sobre la torreta, sin recibir alimento alguno. Le aseguro que no tenemos prisa.

Era una contingencia con la que Bruce no había contado. Le rendirían por debilidad. Aquel viaje podía durar días enteros (contando a base del sistema horario de la Tierra) y él no tenía nada que comer. Si ocurría así, llegaría el momento en que Bruce se desvanecería por inanición, y entonces a sus enemigos les costaría muy poco capturarle.

Sin embargo, tenían que transcurrir aún muchas horas antes de que Bruce se debilitara hasta el extremo de no poderse valer de sus armas, y en el curso de aquellas horas podían suceder muchas cosas. La partida no estaba perdida aún. Bruce, siempre optimista, esperaba poderla ganar, capturando la nave e identificando a su misterioso comunicante.

No dijo nada más. Continuar la conversación sólo serviría para que se volvieran a burlar de él y la formulasen nuevas amenazas. Y Bruce necesitaba el tiempo para pensar. Le convenía encontrar pronto una solución que le permitiese abandonar la nave y el meteoro, de momento, para ponerse luego en mejores condiciones para reanudar la

lucha.

Se dedicó a pensar en lo sucedido, mientras el meteoro, con la nave y él mismo, avanzaba casi a la velocidad de la luz en dirección a Neptuno, que se estaba agrandando por momentos.

Aquello resultaba incomprensible para Bruce.

¿Cómo podía un cuerpo espacial adquirir una velocidad tan vertiginosa? ¿Qué rara atracción le podía hacer correr de aquel modo? No podía ser en modo alguno la gravedad del propio Neptuno, pues aunque el meteoro hubiera sido captado por ella, la fuerza de caída no hubiese sido tan grande.

Luego, Bruce se puso a pensar en otras cosas, ya que aquélla no la podía aclarar. ¿Por qué le habían ido a buscar a él a Plutón? En definitiva, él no era más que un oscuro componente de la Policía del Espacio. Con una brillante hoja de servicios, era cierto, pero Bruce no podía admitir que su hoja de servicios fuese el motivo por el cual le habían querido capturar, consiguiéndolo hasta cierto punto.

Sin embargo, aquel personaje que había hablado con él desde el interior de la nave había pronunciado su nombre y había expresado con toda claridad que era a él a quien buscaba. Y aquí se planteaba otra incógnita, tan imposible de resolver, por lo menos de momento, corno las anteriores. Bruce creía haber reconocido aquella voz que le había hablado a través del micrófono. Aunque ligeramente deformada, Bruce estaba seguro de haberla oído con anterioridad, pero aunque se devanaba la cabeza tratando de hacer memoria, le era imposible recordar dónde.

Claro que todo podía ser consecuencia de la agitación mental en que se encontraba. Quizá en otras circunstancias, pudiendo pensar con más serenidad, le hubiera sido mucho más fácil recordar el sitio y la circunstancia en que había hablado antes con su misterioso comunicante de la nave.

En resumen. Bruce se encontró como antes de empezar. Lo único positivo en aquellos momentos era que se encontraba allí, aferrado a la torreta de la nave para no ser despedido al espacio, esperando encontrar la ocasión propicia para escapar de aquello que no dejaba de ser una cárcel. Si no lo conseguía, si iba transcurriendo el tiempo sin que se modificara la situación, sus fuerzas se irían agotando poco a poco y quedaría fatalmente a merced de sus enemigos.

Mientras, Neptuno iba aumentando de tamaño de un modo alarmante, y por efecto de las leyes de relatividad, parecía ser el gigantesco planeta, el que se estaba lanzando sobre el minúsculo meteoro con su imponente masa.

Sin embargo, Bruce alejó de sí rápidamente toda sensación de

temor. Neptuno no se precipitaría sobre el meteoro, o mejor dicho, éste no iría a estrellarse sobre la superficie del planeta. Bruce había visto ya lo ocurrido en Plutón, y tenía la seguridad de que el diminuto astro estaba sometido a un extraño control, que quizá se efectuaba desde la misma nave, aunque no tenía la menor idea de cuál podía ser el procedimiento.

Y ocurrió lo que había previsto el policía del Espacio. Cuando parecía ya que el meteoro iba a estrellarse de modo irremisible contra la superficie del inmenso planeta, cambió bruscamente de dirección y se puso a girar en torno al mismo, como había sucedido antes en Plutón. El pequeño meteoro se convirtió en un satélite más, haciendo compañía a Tritón y Nereo, los dos que habitualmente tiene Neptuno.

Giraba, sin embargo, en torno al planeta mucho más aprisa que éstos, y a menor altura, de modo que, según calculó Bruce, de no ser precisamente por aquella velocidad de traslación, el meteoro, la nave y sus ocupantes hubiesen tenido que caer forzosamente sobre la superficie del planeta.

Y esto le dio una idea. La gravedad del meteoro, con sus escasos quinientos kilómetros de diámetro, era poco menos que nula. De habérselo propuesto, Bruce hubiese podido dar saltos fenomenales, con peligro incluso de caer fuera del espacio del diminuto cuerpo celeste. Y consideró que había llegado la oportunidad que tanto esperaba para desprenderse de la nave.

Se lanzaría fuera de la nave, dando a su salto todo el impulso de que fuese capaz, y apuntando el cuerpo hacia el centro de Neptuno. Bruce estaba seguro de que obrando así, la gravedad del planeta se impondría a la del meteoro, y que fatalmente sería arrastrado hacia la superficie de aquél, librándose de la rendición por hambre que le querían imponer sus enemigos.

Y como para Bruce, del pensamiento a la acción mediaba muy poco trecho, se dispuso a dar el salto, arriesgándolo todo, sin perder un minuto más. No quiso arriesgarse a que el meteoro, movido siempre por la misteriosa fuerza que lo dirigía, se empezara a alejar de pronto de Neptuno, como había hecho antes de. Plutón, malogrando así todas sus posibilidades de escapar.

En aquel mismo momento vio una nave que se acercaba desde el exterior. Una nave que procedía, al parecer, de Plutón, de donde habían salido ellos antes, y que daba la sensación de dirigirse en línea recta al meteoro, para aterrizar al lado de la que estaba ya allí.

¿Eran, pues, dos las naves que tenían al meteoro por base? La pregunta hubiese merecido la pena de reflexionar un poco, si Bruce no hubiese tenido otras ideas en la cabeza. Pero entonces prevalecía en él la de escapar, al precio que fuese, y no quiso preocuparse por nada

más.

Sin embargo, como llevaba puesto el casco de vacío, y con él los auriculares para comunicarse con el exterior, captó sin proponérselo una llamada de la nave que se acercaba.

— ¡Atención! ¡Llama «DC-2»! ¡«DC-2» se acerca a la Base!

¡A la Base! Luego, era evidente que el meteoro era la base de ambas naves, y cabía la posibilidad de que existieran otras más.

Desde la de Bruce contestaron:

— ¡«DC-1» escucha! ¿Todo bien?

—Sí — dijo una voz desde la otra—. ¿Estoy hablando con Conway?

— ¡Silencio! ¡No se ha de pronunciar ningún nombre hasta que llegue el momento!

—De acuerdo. Todo cumplido a satisfacción. Ninguna baja. Ninguna avería en la nave.

—Bien, tomen tierra en el meteoro. Que no salga nadie hasta recibir órdenes. Sobre la torreta de «DC- 1» hay un policía del Espacio y lleva armas. Se tendrá que esperar a haberlo capturado antes de exponerse a sus disparos.

Bruce no quiso escuchar más. Por otra parte, la conversación parecía haber terminado, y la nave llamada «DC-2» se estaba acercando más de lo que le convenía a él. Se preparó para dar el gran salto, y dirigiendo la palabra a sus desconocidos enemigos, dijo:

— ¡El policía del Espacio ha dejado de estar sobre «DC-l», señores! ¡Ya les advertí de que no era fácil capturarme!

Y tomando impulso, se lanzó al vacío.

Como había supuesto, la gravedad del meteoro no ejerció la menor presión sobre él. Se dio cuenta al momento de que el salto le estaba distanciando muchos metros del pequeño astro, y que éste no le atraía en su veloz peregrinaje en torno a Neptuno. Fue la gravedad del planeta la que le capturó inmediatamente, y Bruce Mac Donald se vio de pronto precipitado en una tremenda caída desde cinco o seis mil metros de altura aproximadamente.

Ahora sí que Neptuno estaba debajo suyo, mientras se alejaba el meteorito, y la sensación de que iba a estrellarse era real. Aunque Bruce sabía que tal cosa no llegaría a suceder.

Captó una exclamación, procedente de «DC-1»:

— ¡Se va! ¡Ha escapado! ¡No le podemos dejar en libertad!

Era la voz que Bruce había creído reconocer antes. La voz del personaje que había hablado con él, el cual a continuación gritó:

— ¡No aterrice, «DC-2»! ¡Persiga a ese hombre! ¡Ametrállelo si puede! ¡Bombardee el lugar donde caiga! ¡Ha de morir de todos modos, pues que sea ahora!

Había odio en la voz. Un odio implacable, dispuesto a cumplir la amenaza con terrible frialdad.

Bruce contestó con una carcajada de desprecio, mientras aumentaba la velocidad de su caída, a causa de la gravedad cada vez mayor de Neptuno.

— ¡Una bonita manera de perder el tiempo, señores! ¡Pero les reto a que me puedan localizar! ¡Han despertado tarde!

Luego, dirigió sus llamadas a las Bases de Policía del Espacio en Neptuno. Bruce había estado destacado allí algunas veces, y conocía bien su situación. La pequeña radio de su casco de vacío las podía alcanzar ya.

— ¡Bruce Mac Donald llama a Bases! —empezó a decir—. ¡Atención, llama Bruce Mac Donald, de la patrulla del sargento Carrigan, destacada en Plutón!

Le contestaron casi simultáneamente desde dos sitios distintos. Los puestos de observación de Neptuno habían actuado ya, y la presencia del meteorito convertido en satélite, así como la de «DC-2», llegada inesperadamente, habían sido captadas ya.

— ¡Al habla, Mac Donald!

— ¿Qué le ocurre, muchacho? ¿Desde dónde llama?

— ¡Estaba sobre una nave posada en el meteorito que acaban de detectar ustedes! ¡Me he lanzado al espacio y estoy en plena caída hacia la superficie de Neptuno! ¡No he utilizado aún el antigravitator, para caer más aprisa? ¡Luego me explicaré! ¡Manden socorro si pueden! ¡Me persigue una nave, en posesión, según creo, de ondas antimagnéticas!

Mientras hablaba, Bruce no perdía de vista el suelo, que parecía ascender furiosamente a su encuentro. Los cinco mil kilómetros habían quedado reducidos a pocos centenares ya, y la caída continuaba. Bruce, gracias a su casco, apenas si notaba la menor sensación. Miró hacia arriba, y pudo ver a la «DC-2», que se destacaba como un pequeño punto y que reverberaba a los débiles rayos del sol que llegaban hasta allí.

La distancia era mucha, y no había peligro. Por muy perfeccionado que fuese el radar de la nave, no le podría captar, porque él era demasiado poca cosa para que su presencia fuese detectada a tal distancia.

Sin embargo, tuvo bastante sangre fría para esperar todavía más.

Sólo cuando se consideró a muy pocos kilómetros de la superficie de Neptuno, apretó el botón que ponía en funcionamiento el antigravitator que llevaba a la espalda.

Experimentó entonces una fuerte sacudida, al ser frenado en su descenso, y la ascensión del suelo de Neptuno hacia él empezó a hacerse ahora con mucha lentitud. Tardaría dos o tres minutos en tocar tierra, pero lo haría sin peligro alguno y sin que la «DC-2» se hubiese aproximado lo bastante para detectarlo. Porque aunque la nave poseía velocidad suficiente para superar incluso la suya de caída, no la emplearía para acercarse a la superficie de Neptuno, pues esto hubiera equivalido a estrellarse de verdad.

Desde las bases le contestaron:

— ¡Salen al momento nuestras naves, Mac Donald! ¡No se preocupe, y procure indicarnos su posición exacta cuando toque el suelo!

— ¡Gracias! ¡La puedo dar ya!

Consultó los aparatos que llevaba en la muñeca, junto al reloj, y repuso:

—-Meridiano 43° 5’ 12”, Oeste; Paralelo 31° 8’ 3'”, Sur. Estaré en tierra dentro de cinco segundos.

Transcurridos los cuales, con toda suavidad, sus pies se apoyaron en algo sólido. Eran las rocas de la superficie de Neptuno, donde había llegado sin la menor novedad. Graduó entonces su antigravitator, de modo que pudiese permanecer en pie. La gravedad de Neptuno, como las de Júpiter y Saturno, es superior en mucho a la de la Tierra, de modo que cualquier hombre situado en dichos planetas sería aplastado contra su superficie de no ir provisto constantemente de un antigravitator en funcionamiento.

No obstante esto, Neptuno estaba habitado por diversas colonias terrícolas, que vivían en compartimientos estancos con atmósfera artificial y gravedad ordinaria. Los productos naturales del planeta eran explotados de este modo por particulares, y el comercio con la Tierra y otros astros del Sistema era regular. Por eso, en Neptuno había no una sino varias Bases de la Policía del Espacio, y desde ellas salieron inmediatamente diversas astronaves dispuestas a cortar el camino a la que iba en persecución de Bruce.

El joven tardó poco en verlas evolucionar, dirigiéndose hacia el punto donde la «DC-2» se destacaba cada vez con mayor claridad. Sin duda, esto no gustó a los ocupantes de la nave misteriosa, porque Bruce la vio cambiar de dirección, elevarse de nuevo y tomar el camino del meteoro, donde estaba su propia Base y donde la aguardaba la «DC-1» con su jefe Conway, nombre que Bruce había

oído pronunciar.

¡Conway! El apellido no podía significar demasiado, pues eran sin duda muchas las personas en los países de habla inglesa que se llamaban así. Sin embargo, estaban las iniciales «DC» que llevaban las dos naves misteriosas. En este caso, el nombre completo podía ser Derek Conway, y esto empezaba a sonar en la mente de Bruce Mac Donald. Esto aclararía la sensación de que aquella voz oída a través de los auriculares de su casco no le era del todo desconocida.

¡Él había tenido una breve relación con cierto Derek Conway! Derek Conway era un ayudante que había tenido durante, mucho tiempo Fergus Warren, el tío de Helen. Aquel tío cuya desaparición le habla sido comunicada por la propia joven momentos antes de que empezara la extraña aventura que le había llevado a él tan lejos de Plutón.

Ahora los recuerdos acudieron con facilidad a la mente de Bruce. Derek Conway era un hombre de unos cuarenta años, taciturno, embebido siempre en sus trabajos científicos, pero no lo suficiente, sin embargo, para que éstos no le hubieran impedido enamorarse locamente de la sobrina de su jefe. Quizá la intensidad de la pasión de Conway estaba en relación directa con la reserva de que hacía gala siempre que se le dirigía la palabra, y con lo encerrado en sí mismo que se manifestaba en todo momento.

Bruce recordaba haber visto a Conway algunas veces, en sus visitas a Helen, en casa de Fergus Warren, y había incluso cambiado con el individuo algunas frases de cortesía. La propia Helen le había dicho que Conway estaba muy enamorado de ella, y que le había hablado de su pasión, pese a saber que la joven estaba comprometida con Bruce.

Derek Conway era un fracasado en muchos aspectos, Como ayudante de Fergus Warren, había colaborado con él en múltiples inventos científicos, pero sin que su nombre ni sus méritos llegasen a figurar nunca para nada. El profesor se llevaba siempre la gloria, y sus colaboradores quedaban sumidos en el más completo anonimato. Esto podía haber hecho de Conway un resentido, tanto más cuanto que era un hombre que nunca manifestaba sus sensaciones.

Luego, estaba su fracasado amor hacia Helen. No era absurdo suponer que aquel individuo, después de haber sido rechazado por la joven, hubiese contraído un odio feroz hacia Bruce Mac Donald, que era quien había sabido triunfar en el corazón de la muchacha. Otro resentimiento, que podía pesar más que el anterior, y que combinado con él podía llevar a un hombre como Conway a terribles decisiones.

¿Cabía suponer, entonces, que Conway había organizado todo aquello para vengarse de Bruce? Hacía, desde luego, algunos meses

que el individuo se había dado de baja en el laboratorio de Fergus Warren, y nadie se había preocupado por conocer su paradero posterior. En varios meses se podían organizar muchas cosas, y entre ellas poner en servicio dos naves dotadas de los más modernos adelantos, sobre todo si se contaba con buenos auxiliares.

La desaparición de Conway había coincidido con la presencia del meteorito en el espacio exterior, denunciada por la mayoría de los astrónomos de todo el Sistema Solar. No era que el meteorito tuviese importancia. Ésta procedía únicamente de que aquel pequeño cuerpo celeste estuviera en una zona del espacio que se consideraba vacía en absoluto, vagando al azar, sometido a las atracciones procedentes de lejanos centros estelares.

Podía ser el resto de algún ignorado cataclismo, y acabaría por caer fatalmente bajo la atracción directa de algún astro determinado, como se creía que había ocurrido al ser capturado por Plutón. Era un caso curioso, digno de ser registrado. Lo que se salía de lo admisible era lo ocurrido después, cuando el meteoro se despegó de Plutón con la misma facilidad que una nave, y fue a convertirse en satélite de Neptuno.

¿Se había aprovechado Conway de aquel pequeño astro para convertirlo en base de sus dos naves, y había organizado éstas con la exclusiva finalidad de vengarse de Bruce porque había triunfado en el corazón de Helen? Por muy buen concepto que el joven policía tuviera de sí mismo, todo aquello le parecía muy exagerado. Allí había sin duda algo más. Conway llevaba otras intenciones, relacionadas con la humanidad entera. Con aquella humanidad a la que odiaba porque no le había reconocido ningún mérito, pese a sus esfuerzos, y de la que deseaba vengarse también.

Al pensar en esto, Bruce no pudo evitar un escalofrío que recorrió su columna vertebral. ¡La venganza de un hombre como Derek Conway, tanto contra él como contra el resto del mundo, podía ser terrible! Si era cierto que a causa de Fergus Warren, Conway nunca había figurado como un científico de primera línea, no lo era menos que sus conocimientos en dicho terreno eran abrumadores.

Bruce no pudo continuar sus reflexiones, porque en aquel momento vio aparecer un helicóptero con la insignia de la Policía del Espacio, que se dirigía hacia donde estaba él. Era un biplaza, que tardó muy poco en aterrizar a su lado. El piloto, un muchacho que rebosaba simpatía por todos sus poros, saltó al suelo desde la cabina, y avanzó al encuentro de Bruce con la mano extendida, saludándole efusivamente.

—Encantado, Mac Donald. ¡Caramba! Parece que has hecho un viaje un poco raro. ¿No estabas en Plutón?

—Cierto, Morris, y de allí he venido contra mi voluntad— dijo Bruce, estrechando la mano que se le tendía. Morris y él habían estado juntos otras veces, y colaborado en muchas operaciones —. Llévame a la Base y allí lo contaré todo, evitándome repeticiones.

Las naves se habían perdido de vista. En el cielo, sobre sus cabezas, aparte del lento girar de Tritón, que era visible desde allí, no se advertía otra cosa más que el paso fugaz del meteoro en sus rápidas vueltas en torno a Neptuno.

Los dos amigos tomaron asiento en el helicóptero, y minutos más tarde Bruce se hallaba en la Base Principal de Neptuno, en presencia del capitán Halloway, jefe de toda la Policía del Espacio destacada en el planeta.

El capitán estaba en la cabina de comunicaciones y acababa de cortar una de ellas. Su rostro aparecía sombrío.

—No hace falta que me explique nada, Mac Donald— le dijo, a modo de saludo —. Acabo de hablar con el sargento Carrigan, y sé todo lo que ha sucedido allá. Incluso cosas qué usted ignora.

— ¿Me está autorizado saberlas, señor? — inquirió Bruce.

—Sí, porque competen al servicio. ¡Las penitenciarías de Plutón han sido atacadas por una nave desconocida, que se ha llevado a muchos presos después de ponerlos en libertad!'

— ¡La «DC-2»! —exclamó Bruce—. ¡Sin duda, el meteoro se ha detenido en Neptuno para esperarla! ¡He oído cómo comunicaba que la acción se había llevado a efecto sin contratiempo!

A continuación, Bruce explicó cuanto le había sucedido durante su extraño viaje, incluida la llegada de la nave «DC-2» y su propia fuga. Naturalmente, no podía acusar a Derek Conway todavía. Sus sospechas tenían carácter exclusivamente personal, y carecía de pruebas. Pero en su fuero interno se dijo que Conway podía muy bien servirse de los reclusos en las penitenciarías de Plutón — los peores delincuentes del Sistema Solar — para llevar a cabo sus siniestros fines.

— ¿Puedo preguntar si la «DC-2» ha sido capturada por nuestras naves, señor?—dijo a continuación.

El capitán manipuló en los mandos de una de las pantallas.

—Todavía no lo sé — contestó—. Voy a comunicarme con los muchachos. Pero es imprescindible que esas dos naves sean capturadas. Asumo la responsabilidad de este sector del espacio, y si se me escapan esos bandidos, me consideraré obligado a dimitir.

La pantalla se iluminó, apareciendo acto seguido el rostro de un hombre. Bruce lo reconoció también.

Era el sargento Philip, a cuyas órdenes había servido más de una vez. Su rostro estaba tan sombrío como el del capitán.

— ¿Qué hay, Philip? — preguntó éste.

—Malas noticias, señor — contestó el sargento —. La nave ha ido a posarse sobre ese extraño meteoro, donde hemos visto ya otra.

—Y bien..., ¿no han atacado?

— ¡No lo hemos creído prudente, señor! ¡Aquí sucede algo raro! ¡El meteoro está artillado!

— ¿Quéee...?— el capitán casi saltó en su asiento junto a la pantalla.

—Como se lo digo, señor. Con poderosa artillería antimagnética — repuso el sargento—. Ese meteoro es una auténtica fortaleza aérea. Su primera advertencia nos ha costado el timón de una nave. La que manda Price. Regresará a la Base como pueda, pero temo que los muchachos la tendrán que abandonar antes. Por suerte, no ha habido bajas.

— ¡Rayos!—rugió el capitán—. ¡Carrigan ha perdido en Plutón ya a la mitad de sus hombres! ¡Hemos de evitar bajas a toda costa!

—Es lo que he pensado yo, señor. Sin embargo, si quiere que forcemos las defensas del meteoro...

— ¡No, Philip! ¡Sería un sacrificio sin resultado práctico! ¡Que todas las naves regresen al momento a sus bases! ¡Luego, si es posible, estudiaremos lo que se puede hacer!

Philip contestó;

—Bien, señor. Si no tiene nada más que ordenar, corto.

Y la comunicación se volvió a interrumpir. El grave rostro del capitán Halloway se volvió hacia Bruce, reflejando una preocupación mayor aún que principio.

—Supongo que ahora tendrá usted una idea clara de la situación, Mac Donald — dijo—. ¿Cree poderme ayudar en algo?

—Temo que no, señor — aun así; Bruce se resistía a comunicar sus sospechas sobre Derek Conway, las cuales, por otra parte, de nada hubieran servido para remediar la situación— Lo único que puedo decirle es que estoy dispuesto a sacrificar la vida luchando contra esos piratas, si ello es necesario.

—Aceptaría el sacrificio si lo considerase útil, muchacho — repuso el capitán —. Pero nunca he sido partidario de bajas estériles, y sospecho que ésta lo sería. Retírese a descansar, que le hace falta. De momento, quedará usted incorporado a esta Base Principal.

—Gracias, señor. ¿Puedo utilizar la televisión para una comunicación particular?

—Hágalo. Si se necesita para el servicio, ya se le avisará.

No esperó Bruce un momento más para establecer contacto con la Tierra a través de las emisoras instaladas en los diversos planetas. Hasta aquel momento, todo lo relacionado con el meteoro y las dos naves «DC» no había trascendido aún, y Bruce pudo conseguir el contacto con la rapidez acostumbrada.

Desde luego, habían transcurrido sobradamente las dos horas pedidas a Helen cuando habló con ella desde Plutón. No podía pensar ya en la licencia, pero Bruce deseaba hablar con la joven para que ésta no estuviera intranquila respecto a él. No le contaría lo sucedido, pero le hablaría de dificultades inesperadas. Otros agentes se encargarían de la búsqueda del secuestrado Fergus Warren.

La joven no estaba en la emisora, pero Bruce pudo conseguir enlace con su domicilio particular. La casa de Fergus Warren.

— ¡Oh! ¿Eres tú, Bruce? — exclamó ella, al aparecer en la pantalla—. Regresé a casa al cabo de cuatro horas. Estaba muy intranquila. Sólo hubiera faltado que después de lo de tío Fergus...

—Han surgido dificultades, Helen — dijo él—. Lo siento de verdad. He... he tenido que trasladarme a Neptuno. ¿Sabes algo de tu tío?

—Nada. Hace unos momentos he hablado con la Policía del Estado; sólo me han dicho que el caso está ahora en manos de la Federal.

— ¡Hum! — hizo Bruce. Se daba cuenta de la lentitud del procedimiento, pero comprendía que era inevitable. De pronto, le vino una idea a la cabeza, y empezó a decir, casi hablando consigo mismo —: Si yo supiera...

Pero se interrumpió, porque otra de las pantallas acababa de iluminarse. ¡Y en ella apareció el rostro de Fergus Warren! ¡El rostro del hombre que había sido secuestrado de su residencia de Nueva York.

Bruce lo miró estupefacto. El capitán Halloway, que estaba aún allí, y el muchacho de servicio en la cabina lo miraron también, pero con menos asombro, pues no sabían del caso tanto como Bruce. Fergus Warren aparecía sonriente, como si fuera a pronunciar una conferencia ante su público habitual.

—Esta llamada es para todos los receptores de Neptuno —dijo, siempre sonriendo, como si no fuete a anunciar algo trascendental—. Se irá efectuando uno por uno a los demás planetas, hasta que todos los habitantes del Sistema Solar estén enterados. ¡Soy Fergus Warren, y he decidido llevar a cabo la gran prueba de mi vida! ¡El estallido del Sol! ¡Soy dueño de un meteoro formado casi exclusivamente de

uranio, cuyos átomos se desintegrarán mediante un artefacto de mi invención! ¡El meteoro recorrerá todos los planetas, en sentido descendente, sin que nadie pueda evitarlo! ¡Cuando llegue al Sol, penetrará en su masa y entonces funcionará el artefacto desintegrador! ¡El Sol, convertido en una inmensa bomba atómica, hará explosión, llevándose a todo su Sistema! ¡Ésta será la gran obra de Fergus Warren, el más famoso inventor de todos los tiempos!

Bruce, el capitán Halloway y el telegrafista miraban la pantalla con los ojos inmensamente abiertos. No podían dar fe a lo que estaban oyendo. Fergus Warren mantenía su amable sonrisa en los labios, y prosiguió, como sí dijera algo sin trascendencia:

—Yo he de morir en el momento menos pensado. Sufro trombosis coronaria, y los médicos me han anunciado ya que el corazón se me paralizará en el próximo ataque, que puede ser mañana mismo. No me quiero ir solo. La humanidad entera me acompañará en el gran viaje. ¡Ni siquiera queda la esperanza de que muera yo antes, sin terminar mi obra, porque todo está dispuesto para que nada pueda interrumpir la marcha del meteoro de uranio en su viaje hacia el Sol! ¡Esto es lo que Fergus Warren os quiere anunciar! ¡Esto es lo que nadie podrá impedir que se produzca!

Fergus Warren sonreía aun cuando la comunicación fue interrumpida y se apagó la pantalla. Los tres Hombres siguieron mirando, como si aquel rostro estuviera aún en ella. Bruce fue el primero en reaccionar; el primero capaz de coordinar ideas.

—Luego — dijo, en voz alta—, Fergus Warren no ha sido secuestrado. ¡Ha huido él! ¡Está en una de esas fatídicas naves, dirigiéndolo todo! ¡Pobre Helen!

— ¡Pobre humanidad, si ese loco cumple su amenaza! — replicó, con terrible acento, el capitán Halloway.

CAPÍTULO III



URANTE el tiempo que había estado hablando Fergus Warren, el rostro de Helen no se había apartado de la otra pantalla. La joven esperaba sin duda que Bruce continuara hablando con ella, pero al ver que duraba tanto tiempo la interrupción, le llamó:

— ¡Bruce! ¿Estás allí? ¿Qué te pasa?

Bruce se situó de nuevo frente al espejo visor. Su rostro estaba descompuesto.

— ¡Dios mío, Bruce! — repuso Helen, asustada—. ¿Qué ha sucedido? ¡Parece que te hayan cambiado de cara!

—Dime, Helen — habló él, por toda contestación —: ¿Es cierto que tu tío había tenido un ataque de trombosis coronaria?

—Sí, hace medio año. No te lo dije entonces porque estuvimos

casi un mes sin comunicarnos. Fue cuando saliste para aquella expedición contra...

— ¿Le anunciaron los médicos que un próximo ataque podría ser fatal? — interrumpió él.

—Pues... yo no sé qué se hablara de esto. Tío Fergus se estaba medicando...

—Esto no tiene nada que ver — dijo el capitán, detrás de Bruce —. Los médicos se lo pudieron decir a Warren sin que se enterase la sobrina. Esto, sin duda, le enloqueció, porque sólo a un loco se le puede ocurrir lo que Warren acaba de comunicarnos.

El aspecto de impaciencia de Helen iba en aumento.

—Pero ¿qué pasa, Bruce? — preguntó—. ¿Quieres decírmelo de una vez? ¿Has sabido algo de mi tío?

—Sí, Helen — contestó él—. Algo... muy terrible.

— ¡Por favor, habla! ¡Habla ya!

Bruce se volvió hacia el capitán. No podía decir nada sin el permiso de su superior. Pero cuando se disponía a solicitarlo, se oyó un grito de espanto, proferido por Helen, y cuando Bruce volvió a mirar a la pantalla, el rostro de la joven ya no estaba allí.

— ¡Helen! ¡Helen! — gritó.

Por toda contestación, oyó otro grito de la joven, más sordo que el anterior, como si estuviera más lejos o le hubiesen tapado la boca.

— ¡Helen! —volvió a gritar Bruce.

En la pantalla apareció el rostro de un hombre. Un desconocido, que se limitó a anunciar:

—No pierda el tiempo, amigo. No le puede contestar, porque la hemos invitado a venir con nosotros. Adiós; corto.

Y la pantalla se apagó al momento. Bruce la estuvo contemplando aún, dos o tres segundos, hasta que se hizo cargo de la realidad. ¡Helen había sido secuestrada en su propia casa! ¿Para qué? ¿Con qué fin? Era imposible saberlo. Pero las calamidades se estaban sucediendo en una forma tan encadenada, que aquel inesperado secuestro a Bruce le pareció casi natural.

Se volvió otra vez hacia el capitán Halloway.

— ¡Hay que hacer algo, señor!—exclamó— ¡Es imposible continuar en esta pasividad!

— ¿A qué llama usted pasividad, Mac Donald?— contestó el capitán, con fría calma —. Su destacamento, el de Plutón, ha perdido la mitad de los hombres. Yo he sufrido la pérdida de una nave. Se ha intentado el ataque a ese maldito meteoro, pero ya ha visto que es

imposible poner los pies en él. Ese loco de Warren ha dicho la verdad. No se puede impedir que el bólido siga su fatídico viaje.

— ¡Pues yo le aseguro que lo impediré, capitán! ¡Nunca he sido fatalista! ¡Allá usted, si piensa tomarse las cosas con esta pasividad!

— ¡Mac Donald! —le advirtió el capitán enérgicamente.

Pero Bruce se había lanzado ya fuera de la cabina de comunicaciones. Al otro lado estaba el gran departamento de las naves, más o menos como en la base de Plutón. Acababan de llegar las que habían participado en el ataque contra el meteoro, salvo la que resultó averiada, que había sido abandonada, y los hombres, con el sargento Philip al frente, esperaban órdenes.

Bruce avanzó hacia las naves. Las escalerillas de acceso no habían sido aún retiradas, pues se ignoraba si el capitán ordenaría una nueva salida.

— ¡Mac Donald!—gritó de nuevo Halloway, que había corrido tras él—. ¿Se da cuenta de que se está insubordinando? ¿Qué se propone hacer?

Bruce gritó:

— ¡Asaltar ese meteoro! ¡Destruirlo, apoderarme de las dos naves «DC», y capturar a la gente que las tripula! ¡En una palabra, devolver los reclusos a las penitenciarías y restablecer el orden! ¡Es la misión de la policía del Espacio! ¡Pienso hacer cualquier cosa menos estarme aquí ocioso, esperando que nos asen cuando hagan estallar al Sol!

Estaba furioso y no pensaba en medir sus palabras. En realidad, lo que más pesaba en él era el rapto de Helen. Quería impedir que Warren hiciera estallar el Sol, pero también quería liberar a la joven, aunque lo cierto era que no tenía la menor idea de cómo había de proceder ni dónde la tenía que buscar.

Pero estaba convencido de que el secuestro de Helen tenía relación con la presencia del meteoro y con los últimos acontecimientos. Y se disponía a luchar, aunque tuviera que hacerlo solo, para resolver al mismo tiempo sus asuntos particulares y la terrible amenaza que pesaba sobre la humanidad entera.

— ¡Mac Donald!—gritó una vez más el capitán—. ¡Le prohíbo que tome ninguna iniciativa por cuenta propia!

— ¡He de hacerlo yo, ya que no lo hace nadie más! ¡Hasta luego, capitán!

Y empezó a subir la escalerilla. Estaba impaciente, y sólo la acción calmaría sus nervios. En aquel momento no le importaba nada más.

— ¡Detengan a ese hombre!—ordenó Halloway—. ¡No dejen que se apodere de la nave!

El sargento Philip echó a correr, seguido por varios de sus subordinados. Pero al pie de la escalera se encontraron con otro hombre, que les apuntaba a todos con una pistola atómica. Era Morris, el amigo de Bruce; el que había ido a rescatarle con el helicóptero biplaza.

— ¡Quietos!—dijo—. ¡Mac Donald tiene razón! ¡Hay que hacer algo, y yo me pongo de su lado! ¡No avancen un paso más!

— ¿También usted, Morris? — gritó el capitán —. ¿Saben a qué se exponen ambos?

—Sí, señor — contestó el muchacho —. Nos exponemos a ir ante un Consejo de Guerra. Pero a mí no me preocupa esto. Si estalla el Sol, la sentencia será para todos.

Philip y los que le seguían se habían detenido ante la amenaza de la pistola de Morris. Bruce, que había conseguido subir la escalera, gritó, desde lo alto:

— ¡No te mezcles en esto, Morris! ¡Yo solo asumo la responsabilidad!

— ¡Ahora es demasiado tarde ya! Si me quedo, seré arrestado y me llevarán al Consejo de Guerra. He de marcharme contigo, Mac Donald.

Empezó a subir la escalera, de espaldas, sin dejar de apuntar a los que permanecían abajo.

—Pasa a la cabina de mandos, Mac Donald— dijo —. Yo impediré que se muevan hasta que la nave esté a punto de zarpar. Así tomaremos ventaja ante una posible persecución. Estoy seguro de que nos perseguirán a nosotros antes que emprender una acción que valga la pena contra esos tunantes del meteoro.

Bruce acató las indicaciones de su amigo. Desde luego, comprendió que no debía dejarle en la estacada después de haberse sumado a su rebelión. Lamentaba y agradecía al mismo tiempo la actitud del muchacho, pero ahora lo único que podía hacer era llevarlo con él.

—Bien, Morris— dijo, desde el interior de la nave ya—. Dentro de cinco minutos todo estará dispuesto. Entra, y cierra la compuerta.

Transcurrieron los cinco minutos sin que en el exterior se produjera ningún cambio. Morris entró luego, y cerró la compuerta de la nave al tiempo que ésta empezaba a elevarse.

Bruce había abierto la cúpula desde el interior, mediante los mandos que actuaban por radio. Y segundos más tarde, la nave de la

policía del Espacio abandonaba la base principal en Neptuno, llevando a bordo a dos hombres rebeldes, que se iban a lanzar a una aventura cuyas consecuencias no podían calcular.

Morris estaba ya en la cabina de mandos, al lado de Bruce.

— ¿Por qué lo has hecho, Morris? Debiste haberme dejado solo.

— ¿Sí? ¿No hemos corrido juntos multitud de aventuras? ¿Has dejado ya de ser mi amigo?

—No, Morris — contestó Bruce—. Pero en esta ocasión he obrado por mi impulso que tú no puedes sentir. ¡Helen no es tu prometida, sino la mía!

— ¿Y eso qué importa, muchacho? Yo he querido ayudarte a salvar a la humanidad. He oído todo lo que decía el loco de Warren, pues estaba a la misma entrada de la cabina de comunicaciones. ¡Te aseguro que no quiero morir achicharrado! ¡Me río de todos los Consejos de Guerra si no conseguimos evitar que estalle el Sol!

—A pesar de todo, hubiera sido más prudente por tu parte no intervenir en esto. Yo necesitaba un permiso que no me hubieran concedido, y..., bueno, me lo he tomado.

—Y yo sé qué hubiera hecho, o mejor dicho, lo que hará el capitán Halloway. En primer lugar, se pondrá en contacto con el Cuartel General en Marte, para sacarse de encima toda responsabilidad. Y mientras las órdenes irán y vendrán de un lado a otro, esos granujas se aproximarán al Sol, según el plan que han trazado.

Mientras la nave iba ganando velocidad. Debajo quedaba el planeta Neptuno, con sus habitantes y los que se habían establecido en los dos satélites, todos los cuales, sin duda, en aquellos momentos eran ya conocedores de la terrible amenaza formulada por Fergus Warren.

Bruce prefirió no pensar en el estado de ánimo de aquellas gentes, ni en el que se apoderaría de los que moraban en los demás planetas tan pronto como la terrible amenaza fuese difundida entre ellos.

No le cabía duda de que se produciría un terrible caos, y que la autoridad dejaría de serlo cuando el pánico se apoderase de aquella humanidad enloquecida. Nadie sería capaz de controlar nada, y cada cual obraría según le pareciera mejor. ¿Por qué obedecer órdenes, por qué mantener una disciplina si habían de tardar tan poco en morir? Por muy buena voluntad que tuvieran los gobiernos y autoridades, no conseguirían imponerse.

Y al pensar en todo esto, Bruce consideró que había hecho bien al lanzarse él a actuar por su cuenta y riesgo. Al obrar de aquel modo se situaba fuera del caos, se aislaba del desbarajuste, y tendría probabilidades de hacer algo positivo.

— ¿Sabes en qué pienso ahora, Mac Donald? — le dijo de pronto Morris, después de un rato de silencio en que ambos amigos habían estado sumidos en sus propios pensamientos—. Pues en que esa gente no cumplirá su amenaza.

— ¿Por qué?—preguntó Bruce.

—Si ellos van en el meteoro, no serán tan locos como para lanzarse al centro del Sol y hacerlo estallar como una inmensa bomba.

—Esto a Warren no le debe de importar, si sabe que ha de morir de todos modos. Dijo que el ataque al corazón le podía sobrevenir en el momento más inesperado.

Morris dijo:

—Sí, pero ¿y los demás? No todos padecen trombosis coronaria. Y Warren no está solo.

—Es cierto. Se ha rodeado de delincuentes comunes, únicas personas que le pueden secundar en un acto tan criminal. Gentes a las que la sociedad ha rechazado y que estaban en las penitenciarías de Plutón, o vivían de todos modos al margen de la ley, expuestos a ser capturados de un momento a otro.

—A pesar de todo, no creo que acepten la idea de morir achicharrados — insistió Morris.

—Warren puede haberles ofrecido una escapatoria, fuera de nuestro Sistema — dijo Bruce—. Para ellos es una oportunidad, ya que irían a Vivir en un ambiente nuevo, donde sus delitos serían desconocidos. Es gente que en el Sistema Solar no puede hacer nada ya, y a la que no importa verlo destruido, ¿comprendes? Esa bomba se puede hacer estallar con retraso, dándoles tiempo a escapar.

—En este plan puede escapar la humanidad entera, ya que será avisada a tiempo.

—No, Morris—replicó Bruce—. En primer lugar, no hay naves suficientes para transportar a todos los habitantes, de nuestro Sistema, aparte de los víveres que serían necesarios. Luego las naves corrientes no sirven para un viaje de semejante envergadura. Warren, en cambio, puede haber inventado algo que adapte a las suyas. ¿Comprendes?

—Sí, Mac Donald—dijo Morris, no sin tristeza—. Comprendo, por desgracia. Bien, como te he elegido por jefe, me pongo por completo a tus órdenes. ¿Qué piensas hacer?

—Temo que ni yo mismo lo sé. Reconozco que estaba fuera de mí al abandonar, la base, debido a lo que le había sucedido a mi novia. He salido sin plan determinado, ansiando sólo tomarme un permiso que no me hubiera sido concedido.

—No obstante — añadió Morris —, te propondrás atacar el

meteoro. Para esto no hace falta formular planes,

—Sí, muchacho. Tendremos que intentarlo. Será preciso que tú y yo triunfemos donde fracasó la escuadrilla de naves de la base de Neptuno. No será grano de anís.

—Lo supongo, y lo sabía ya antes de unirme a ti. Pero morir por morir, lo mismo da que sea achicharrado por el Sol que disuelto por una bomba atómica de esos individuos. Pon rumbo al meteoro.

—No está ya en el cielo de Neptuno, Morris — contestó Bruce —. El radar no señala su presencia.

— ¡Rayos! Tienes razón. ¿Dónde se habrán ido?

—Supongo que a continuar su anunciado periplo a lo largo de la cadena de planetas, hasta llegar a Mercurio. Después de esto será el momento de hundir al meteoro en la masa del Sol, y provocar el estallido. Tendremos que apresurarnos un poco.

Bruce, al decir esto, manipuló en los mandos, y el indicador de velocidad señaló un aumento considerable. Se estaban aproximando a la velocidad de la luz (lo que se llamaba «velocidad primera») que permitía recorrer todo el Sistema Solar en poquísimo tiempo.

—El radar sigue limpio — continuó Bruce —, lo cual indica que no ha salido ninguna nave de la base para perseguirnos. Esto nos permitirá maniobrar con más libertad, ya que sólo tendremos que luchar contra unos.

—Por otra parte sería una pena tenerlo que hacer contra los que hasta ahora han sido nuestros compañeros. ¡No sabes lo nervioso que estaba yo al tener que apuntar a Philip y su sección! ¡Mira que si se les ocurre atacarme!... No hubiese tenido valor para apretar el gatillo.

—Lo supuse, muchacho, y temblé por dentro tanto como tú. Pero aquello ya ha pasado.

—Sí, es mejor no recordarlo. ¿Qué rumbo has tomado?

—El de Saturno. Si el meteoro sigue el curso que indicó Fergus Warren, se habrá dirigido allí. En Urano no hay colonos terrestres.

Pronto pudieron distinguir claramente en la pantalla al cuarto planeta, —empezando desde el exterior—, con brillante anillo que lo envolvía y los diez satélites que, a distintas distancias, daban vueltas a su alrededor. Ahora, durante una breve lapso de tiempo, serían once, pues el meteoro pasaría a ser, interinamente, uno más.

El viaje, a la velocidad máxima adquirida por la nave, resultaría muy corto. Pero aun así, Bruce tuvo tiempo suficiente para trazarse un sucinto plan de acción, que en los últimos momentos comunicó a su compañero de aventuras.

Morris dio su consentimiento, aunque lo mismo que Bruce se

daba cuenta de que tenían muy pocas probabilidades a favor, y puestos de acuerdo los dos amigos se prepararon para actuar.

El radar señaló inmediatamente la presencia del meteoro en las proximidades de Saturno. Sin duda la presencia de la nave de los dos amigos había sido señalada a su vez en los aparatos de la gente de Warren, pero ya se tenía que contar con esto. Desde hacía mucho tiempo, todas las acciones de guerra se tenían que realizar sabiendo que el enemigo estaba enterado de la proximidad del atacante. Con novísimos medios de detección, la sorpresa se había echo imposible,

Minutos más tarde, la nave de la policía volaba por las inmediaciones del meteoro, para efectuar un reconocimiento. Lo primero que pudieron comprobar fue que la «DC-1» y la «DC-2» no estaban allí.

—Tal vez han salido para asustar un poco más a los habitantes de Saturno—sugirió Morris.

—Si fuese así, el radar denunciaría su presencia en cualquier punto del cielo —dijo Bruce—. Y ya ves que lo único que señala es el maldito meteoro.

—Entonces...

Bruce dijo:

—O se han marchado muy lejos..., o están escondidas en cualquier refugio excavado en el mismo meteoro. Si hay artillería, ¿por qué no puede haber refugios para las naves?

—Tienes razón, Mac Donald. Y si tenemos un poco de suerte...

—Si tenemos un poco de suerte, no pasará nada de lo que anunció Fergus Warren. Eso es todo. Bien, ¿dispuesto para atacar?

— ¡Preparado, jefe!—contestó Morris, tratando de dar un poco de humor a la situación.

— ¡Pues, adelante! ¡Ya conoces el plan!

Cada uno de ellos llevaba sus correspondientes pistolas al cinto, donde se habían colocado, además, unas cuantas pequeñas bombas de las que podían ser lanzadas a mano en un momento determinado. También se habían provisto de cierto número de pastillas sintéticas, tomadas de la despensa de la nave, que les permitiría no sucumbir por debilidad como había estado a punto de sucederle a Bruce cuando se encontró en el forzado viaje de Plutón a Neptuno. Dichas pastillas sintéticas se podían ingerir llevando puesto el casco de vacío, mediante un dispositivo especial en el mismo.

Manejada por Bruce, la nave de la policía inició su aproximación al meteoro. Y casi al mismo tiempo fue saludada por una ráfaga de cañonazos, que, sin acertar a la nave, demostraron la potencia de las

defensas del pequeño astro que se proponían abordar.

La pantalla visora experimentó una llamada, apareciendo un individuo que les era completamente desconocido. Sin duda, uno de los bandidos al servicio de la nefasta causa de Fergus Warren.

— ¿Qué pretenden? — preguntó el personaje—. Si es aterrizar en el meteoro, sepan desde ahora que está prohibido. Los primeros disparos han sido de advertencia.

—Pueden continuar, si lo desean — contestó Bruce —. Porque pensamos tomar tierra en su fortaleza, a pesar de su prohibición.

La nave había evolucionado hasta situarse en lo que se podría llamar el Polo Norte del pequeño astro, con el fin de que cualquier posible caída le atrajera hasta la superficie del mismo, en vez de situarla dentro de la gravedad de Saturno.

Bruce abandonó entonces los mandos, y dijo a su compañero, mientras ambos se disponían a abandonar la cabina.

— ¡Adelante con el plan! ¡Deseémonos suerte el uno al otro!

Se estrecharon las manos, dirigiéndose luego a la salida de emergencia de la nave, la cual quedaba abandonada a la dirección del piloto automático.

Los cañones del meteoro volvieron a lanzar sus proyectes atómicos, afiliando ahora mucho más la puntería, como había anunciado el comunicante de hacía unos momentos.

Una sacudida dio a entender a los dos amigos que se había producido un impacto. Y al primero siguieron dos o tres más.

— ¡Aprisa, Morris! —gritó Bruce.

— ¡Te sigo! ¡No tengo muchos deseos de permanecer aquí!

Estaban junto a la compuerta de emergencia. Bruce no tuvo más que apretar un botón para que se encontrasen de pronto en el exterior, lanzados al espacio, mientras la nave iba sucumbiendo, arrancada a trozos por los tremendos cañonazos atómicos que le eran disparados continuamente desde el meteoro.

El plan de Bruce había sido muy sencillo. Consistía en que, mientras las baterías enemigas se entretuvieran destruyendo la nave, pensando sin duda que iba repleta de policías, ellos dos se lanzarían al espacio y, mediante sus antigravitatorios, descendían a la superficie del minúsculo astro.

Se exponían, desde luego, a ser alcanzados por un cañonazo, ya dentro de la nave, ya mientras se produjera el descenso, que procurarían que fuese lo más rápido posible. Pero si la suerte les ayudaba y no se producía esta contingencia, llegarían a la superficie del meteoro, fuera del ángulo de tiro de sus cañones. Entonces los

bandidos tendrían que mostrarse si les querían coger, y para defenderse del posible ataque Bruce y Morris contaban con sus armas portátiles.

Habían convenido no pronunciar una sola palabra desde el momento en que se lanzaran fuera de la nave. Las emisoras enemigas captarían el más leve murmullo, y mediante el mismo podrían localizar su posición en la superficie del meteoro, cosa que no convenía al plan de Bruce.

Todo salió de acuerdo con lo previsto. Mientras la nave era desintegrada a fuerza de cañonazos, los dos amigos descendían, dando un poco de aceleración a sus respectivos antigravitatores, y no tardaron en encontrarse sobre lo que ya se podía calificar de territorio enemigo.

Sin duda les habían visto descender, porque dos o tres ametralladoras entraron en funciones. Pero no fueron acertados, tal vez porque los emplazamientos de aquellas armas no coincidían bien con la línea de descenso que habían elegido los dos policías.

Cayeron muy cerca el uno del otro. Se arrastraron para juntarse, con objeto de no ser captados por algún aparato detector escondido en la superficie, y, de acuerdo con lo convenido, su diálogo se efectuó mediante notas escritas en un carnet, que se mostraban cada vez que querían cambiar impresiones.

—Supondrán que somos dos supervivientes de la nave, y que los demás han muerto — anotó Bruce, para que lo leyera Morris—. No creo que me hayan podido identificar.

—De todos modos, saldrán a buscarnos — contestó Morris, por el mismo procedimiento—. No creo que les interese llevar dos intrusos a bordo, aunque les supongan dos simples policías del Espacio.

—Es lo que nos interesa que hagan — repuso Bruce—, Si salen, veremos por dónde lo hacen, y tendremos ocasión de meternos en las entrañas de este pequeño mundo.

Casi al mismo tiempo sus auriculares captaron una llamada, procedente del interior.

— ¡Atención! ¡«DC» llama a los policías del Espacio que han caído sobre el meteoro! ¡Han tenido suerte, pues han podido salvar la vida! ¡Pero no les servirá de nada, a menos que se rindan y se quieran pasar a nuestro bando! ¡Contesten! ¡Decidan lo que piensan hacer ustedes, o les dejaremos morir de hambre!

Los bandidos ignoraban que Bruce y Morris habían tomado ya sus precauciones a este último respecto.

— ¡No contestes, digan lo que digan!—advirtió Bruce a su amigo, mediante otra nota.

Morris contestó con una sonrisa, que daba a entender que no se dejaría sorprender por las promesas ni por las amenazas.

Los bandidos repitieron la llamada varias veces, siempre con resultado nulo. Por fin, cesaron de emitir.

—Tal vez han supuesto que hemos muerto — anotó Morris en su carnet.

—Sería interesante, porque entonces saldrían a buscar nuestros cadáveres con mayor confianza —contestó Bruce —. No nos movamos de aquí, y esperemos su reacción.

Siguieron tendidos en el suelo, pero atentos a la presencia de cualquier extraño cerca de ellos. Los minutos empezaron a transcurrir, angustiosos, hasta que finalmente se produjo lo que esperaban los dos amigos.

Lejos, surgiendo de pronto de detrás de un montón de rocas, aparecieron varios hombres. Bruce contó cinco, e hizo una seña a su amigo para que estuviera prevenido.

Los cinco bandidos llevaban pistolas atómicas en las manos, pero al ver a los dos policías tendidos en el suelo, inmóviles, abandonaron toda precaución y avanzaron decididamente hacia ellos.

— ¿Están heridos? —- preguntó una voz.

—Parecen muertos — contestó otra—. Ya ves que no contestan ni se mueven.

Bruce hizo otra seña a su amigo, y ambos se pusieron repentinamente en pie.

— ¡Ahora! —gritó Mac Donald.

Las manos volaron a las pistolas atómicas, y antes de que los bandidos se hubieran repuesto de su sorpresa, ya dos de ellos habían sido volatizados por los certeros disparos de las armas de Bruce y Morris.

— ¡Estamos vivos y lo demostramos! — gritó Bruce, pues ahora el silencio no era ya de ninguna utilidad.

Los otros tres bandidos reaccionaron saltando hacia atrás, para ir a protegerse tras las rocas de las que habían surgido. Morris quiso continuar sus disparos, pero Bruce le contuvo, cogiéndole de una muñeca.

— ¡Espera! —dijo—. ¡Si los matamos a todos, no ganaremos nada! ¡Necesitamos saber por dónde han surgido a la superficie!

Y entonces, tomando impulso, dio uno de aquellos saltos fenomenales que la escasa, gravedad del meteoro permitía. Por unos momentos llegó a creer que se había salido incluso de su atracción, y que se precipitaría sobre Saturno como antes sobre Neptuno. Pero no

fue así, y segundos más tarde caía al otro lado de las rocas, en el lugar exacto donde habían cascado refugio los bandidos al retroceder.

Pero aquellos tres hombres ya no estaban allí. Desde el aire, Bruce había podido ver cómo desaparecía el último de ellos, por un escotillón abierto bajo una de las rocas, y que sin duda comunicaba con las entrañas del meteoro.

Sin duda, el uranio estaba mezclado en abundancia con el mineral que constituía su corteza. En otras circunstancias, aquello hubiera significado hallar una fortuna incalculable. Pero Bruce, en aquellos momentos, no sentía el menor interés por el uranio. Ni siquiera se acordaba de él. Lo único importante era que el escotillón estaba ahí, casi bajo sus mismos pies, y que por lo tanto conocía el camino que iba al interior.

Llamó a Morris, mientras trataba de remover las rocas;

— ¡Salta como he hecho yo! ¡Date prisa!

— ¡De acuerdo, jefe! —contestó su amigo, tomando impulso.

Segundos más tarde estaban juntos otra vez, y entre los dos conseguían cambiar de sitio unas enormes rocas que en la Tierra hubiera sido imposible mover con una veintena de hombres.

— ¡El escotillón está aquí!—señaló Bruce, mostrando una tapa metálica, semejante a la de un submarino, que había aparecido bajo la roca removida por ellos.

—Sí — contestó Morris—. Pero no será fácil abrirlo. El cierre debe de ser automático y funcionará desde el interior.

—Olvidas nuestras pequeñas bombas, muchacho— replicó Bruce — ¿Para qué supones que las hemos traído?

Tenía ya una en la mano, y se disponía a graduar la espoleta para retardar la explosión, cuando su vista se posó en un punto lejano y brillante que acababa de aparecer en el espacio, a mucha distancia.

— ¡Una nave! —dijo, señalándola a su amigo.

Morris miró a su vez. Estaban en el cielo de Saturno, planeta habitado en las mismas condiciones que Neptuno, por lo cual la proximidad de una nave no era para producir extrañeza. Sin embargo, se interrumpieron para observar la evolución de aquella nave.

Bruce volvió al sistema de anotaciones para comunicarse con su amigo.

—Viene hacia aquí— anotó—. No hables y sígueme.

De nuevo convenía desorientar a sus enemigos acerca de su posición sobre la superficie del meteoro. Ahora sabían que estaban vivos, pero había que mantenerles en la ignorancia sobre el lugar donde se ocultaban. Bruce se dejó caer al suelo, siendo imitado por

Morris, y a rastras se dirigieron los dos a otro grupo de rocas, a bastante distancia del anterior. Desde allí siguieron observando a la nave que se acercaba.

No tardó en producirse una llamada, dirigida a los ocupantes del meteoro, pero que fue captada por los auriculares de los dos policías.

— ¡«DC-3» llama a base! ¡Nos acercamos llevando a bordo a los cautivos! ¡Todo ha salido bien!

— ¡No pronuncien ningún nombre!—les contestaron desde el interior—. ¡Hay enemigos en la superficie! ¡Aterricen en el sitio habitual, donde serán protegidos!

¡«DC-3»! ¡Luego los bandidos poseían por lo menos una tercera nave! Por su dirección, llegaba de Júpiter o de cualquier otro planeta situado más al centro del Sistema. La Tierra, por ejemplo. Y Bruce, al calcularlo, sintió que se estremecía.

¡Hablaban ele cautivos, y pocas horas antes se había producido en Nueva York, el secuestro de Helen por unos desconocidos! ¿Tendría tanta suerte? ¿Iría su prometida en aquella nave? ¿Podrían él y Morris arrancarla del poder de los bandidos?

No lo sabía, pero haría lo que fuese necesario para conseguirlo. Siguió observando la marcha de la nave, hasta que la vio desaparecer tras el reducido horizonte del meteoro. Lógicamente se dirigía «al sitio habitual», que no era visible desde donde ellos se encontraban.

Dejó pasar unos minutos, y se dispuso entonces a entrar en acción. Se puso en píe, imitado por su amigo, y señalando el lugar por donde había desaparecido la nave, dijo:

—Hacia allí. Acerquémonos los dos a la vez, en varios saltos no demasiado largos. Conviene que no vayamos a caer en manos de nuestros enemigos, sino a una distancia que nos permita hacerles frente.

A cada salto su horizonte se modificaba, hasta que, por fin, después del tercero, vieron la nave a un centenar de metros delante de ellos. «DC-3» había aterrizado en una pequeña llanura, desprovista de rocas, y sus ocupantes la estaban abandonando. En tierra, rodeándola, había una veintena de hombres armados, que sin duda había salido por una de las escotillas secretas del meteoro.

Por la escalerilla descendían otros hombres, armados también, y entre ellos dos personas que no llevaban arma alguna. Eran los cautivos.

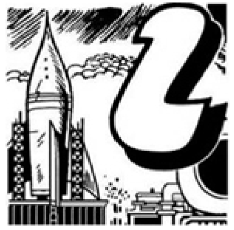
— ¡Una muchacha!—dijo Morris, sin poderse contener.

— ¡Helen! ¡Como me figuraba yo!— contestó Bruce—. ¡Pero... lo que no comprendo es que el otro cautivo sea el profesor Fergus

Warren! ¡El que vimos en la pantalla de la base, formulando su terrible amenaza de hacer estallar el Sol!

En efecto, la cosa era más que sorprendente. El Fergus Warren había hablado desde el meteoro o desde alguna de las naves con base en el mismo, ¿cómo era posible que ahora saliera de «DC-3», que llegaba de la Tierra, y que viniese en calidad de cautivo?

CAPÍTULO IV



A situación era inexplicable para Bruce. Si Warren estaba preso, si acababa de llegar de la Tierra, como lo demostraba yendo a bordo de la misma nave que transportaba a Helen, no podía ser al mismo tiempo el que había visto en la pantalla televisora de la base de Neptuno.

Allí se encerraba un nuevo misterio, que el joven policía sólo conseguiría aclarar, junto con los demás, si conseguía por fin vencer a sus enemigos, impidiendo que llevasen a cabo la terrible explosión del astro que regía el Sistema y le daba vida.

Su asombro había sido enorme al ver salir a Fergus Warren de la nave. Mucho mayor que el de ver a Helen, pues aunque no se explicaba por qué la joven había sido secuestrada y llevada al meteoro, en el fondo contaba con encontrarla allí. Algo le decía que el

rapto de Helen tenía relación con el odio que le había manifestado a él su desconocido comunicante, cuando le informó que había ido a Plutón únicamente para buscarle. Aquel comunicante que luego Bruce había creído identificar con Derek Conway, hasta el punto de tener la íntima seguridad de que había reconstruido el conjunto de situaciones que habían llevado a la presente.

Pero ahora ya no estaba seguro de nada, ni era capaz de explicarse nada: Las contradicciones se sucedían, siendo la mayor de ellas la presencia de Fergus Warren en aquel lugar, después de haberle visto proferir la amenaza de destruir el Sol a través de la pantalla de la base.

Sin embargo, no tuvo demasiado tiempo para continuar asombrado, porque los acontecimientos se empezaron a precipitar por lo que respectaba a él y a su amigo.

Ni uno ni otro se había podido contener. Habían hablado, y sus palabras habían sido captadas, desapareciendo por lo tanto el incógnito de su situación.

Los hombres que protegían a la nave se volvieron hacia ellos, y los auriculares de los dos amigos empezaron a captar voces, exclamaciones y órdenes.

— ¡Miradlos! ¡Están allí!

— ¡Ya los tenemos!

— ¡Esta vez no escaparán!

— ¡A ellos! ¡Fuego!

Bruce no esperó que la orden se llegara a cumplir, por lo menos mientras él y su amigo estaban de pie, contemplando a los que descendían de la nave.

— ¡Al suelo, Morris! —gritó Bruce, tendiéndose a su vez.

Su caída coincidió con los primeros disparos de sus enemigos. Las balas atómicas pasaron altas, por encima de sus cuerpos, yendo a destrozar unas rocas que limitaban la meseta, muy cerca de donde se encontraban.

—Hemos cometido una imprudencia, pero ya no hay remedio— dijo Bruce— Repliquemos a su fuego. Son muchos, pero no permanecerán allí, de pie, en espera de que los vayamos segando.

Las pistolas de los dos amigos entraron a su vez en acción, más que nada para impedir que los bandidos rectificaran sus tiros.

— ¡Dos más fuera de combate! —comentó Morris, de buen humor, al comprobar la eficacia de los disparos.

La desbandada se produjo inmediatamente. Bruce y Morris, en los límites de la meseta, tenían delante rocas que les protegían. Para

alcanzarles era necesario que antes las balas atómicas pulverizasen aquellas piedras, para lo cual se precisaban algunas ráfagas de disparos.

Pero los bandidos estaban de pie, rodeando la nave, y sin protección de ninguna clase. No se podían mantener allí, aunque su superioridad hubiera sido en número doble de lo que era.

Morris y Bruce les oyeron gritar:

— ¡Las escotillas! ¡Aprisa!

Desde el interior del meteoro, alguien contestó;

— ¡Manteneos unos momentos! ¡Van a funcionar las ametralladoras!

Al principio, los dos amigos no pudieron comprender lo que significaban aquellas palabras. Estaban embebidos en la lucha, y se habían propuesto causar el mayor número de bajas a sus enemigos mientras los tuvieran al alcance de sus armas.

Las pistolas de uno y otro bando siguieron funcionando, mientras los bandidos buscaban protección provisional detrás de la nave, llevándose a Helen, a Warren y a todos los que habían descendido con ellos.

— ¡Cuidado, Morris! ¡No vayamos a matar a alguno de los dos!—-gritó Bruce.

En su intento de protección incluía a Fergus Warren, sin saber por qué, o simplemente porque era el tío de Helen. De su mente no se había borrado aún la visión del científico sonriendo ante la pantalla, mientras formulaba la terrible amenaza. Pero, al mismo tiempo, al verle allí, recién salido de una nave que llegaba de la Tierra, algo le decía que todo castigo se tenía que aplazar hasta que las cosas se hubiesen puesto en claro.

Otros dos bandidos habían caído en el curso de la rápida retirada, antes de que pudieran hallar la protección que les ofrecía la masa de la nave. Luego, al mezclarse con ellos Helen y su tío, los dos amigos dejaron de disparar.

Y entonces comprendieron lo que significaban las últimas palabras que habían oído pronunciar a los que estaban escondidos en el interior del meteoro. Detrás suyo, casi a sus mismas espaldas, las rocas se levantaron y apareció una casamata por cuya ranura asomaban los cañones de dos ametralladoras atómicas.

¡Eran las ametralladoras ofrecidas como protección a los hombres del exterior! ¡En cuanto soltasen su primera ráfaga de disparos, los dos amigos serían convertidos en sendas nubes de humo!

Por fortuna, la gravedad del meteoro seguía siendo la misma, y

Bruce reaccionaba siempre ante el peligro con la misma rapidez mental, fuese cual fuese la situación.

— ¡Cuidado, Morris!—gritó—. ¡Salta! ¡Salta pronto!

Y él mismo se lanzó en vigoroso impulso desde el suelo, yendo a caer sobre las rocas que hasta momentos antes habían cubierto la fatídica casamata.

Morris le imitó, al tiempo que las ametralladoras soltaban sus primeras ráfagas, demasiado tarde ya para hacer blanco en sus cuerpos.

— ¡Rayos!—exclamó el muchacho—. ¡Un poco más y no lo contamos! ¡Suerte que la poca gravedad de aquí facilita las cosas!

Estaban ahora tendidos sobre la roca mirando por el borde de la misma a las dos ametralladoras, que vomitaban un inútil fuego debajo mismo de sus cabezas.

Y no eran las únicas, porque otras casamatas se habían levantado en los límites de la meseta. Si todas las ametralladoras se ponían a disparar, el fuego cruzado impediría que nadie pudiera permanecer en el centro.

Sin embargo, de momento, aquello era sólo una medida de seguridad para proteger a los hombres de la nave, que estaban en medio de la meseta, y por lo tanto al alcance de algunas de las ametralladoras.

— ¿Cómo han podido montar todo esto? — preguntó Morris, más asombrado que atemorizado.

—No lo sé, ni creo que sea ahora el momento de discutirlo, muchacho — contestó Bruce—. Creo que más bien lo que corresponde es actuar.

Morris, preguntó:

— ¿De qué modo?

—Inutilizando todas las ametralladoras que podamos. Vamos a empezar por éstas que están debajo nuestro.

Bruce tomó una de las pequeñas bombas de que se había provisto, y que, lo mismo que su amigo, llevaba colgadas del cinto. Desde la roca, sin levantarse, pero asomando un poco más el cuerpo, tomó puntería y soltó el pequeño artefacto.

La bomba se metió en el interior de la casamata, por la ranura, entre las dos ametralladoras.

— ¡Ahora, escapemos de aquí, muchacho, porque esto va a arder — gritó a continuación.

Morris ya estaba acostumbrado a imitarle, y había aprendido también que la vida sólo se podría salvar mediante la máxima rapidez

en los movimientos.

Un segundo más tarde, los dos amigos estaban a mucha distancia de la casamata. Y al mismo tiempo, pareció que en el lugar en que estaba situada la misma había brotado repentinamente un volcán.

Las rocas, de poco peso en el meteoro, saltaron despedidas a gran altura, y con ellas el material de que estaba constituida la casamata, junto con las destrozadas ametralladoras y sus servidores. Todo voló por el aire en repentino relámpago, mientras Bruce y Morris buscaban protección junto a otras rocas, para evitar la lluvia, que no tardaría en caerles encima.

— ¡No te preocupes, Morris! ¡Las piedras aquí hacen mucho menos daño!

— ¡Pero las bombas tienen mayor fuerza explosiva que en la Tierra! ¡Esto marcha, amigo!

—Sólo estamos al principio — repuso Bruce —. Hemos tenido suerte en las primeras actuaciones, pero tardaremos en cantar victoria.

Se incorporaron para observar mejor la situación, una vez pasados los efectos de la voladura, pero estaban demasiado lejos para poder ver nada.

—Un par de saltos y nos aproximaremos otra vez a la nave — dijo Bruce—. Aquí, el horizonte tiene la desventaja de ser muy reducido.

—Pero me empieza a gustar este meteoro — contestó Morris —. Es una lástima que tenga que morir en el centro del Sol. ¡Y con la riqueza que contiene!

—-¡Empieza a recogerla, pues va saltando a pedazos, muchacho!

—Tengo otras cosas en qué pensar, te lo aseguro. ¿De qué me serviría todo el uranio que hay aquí si no pudiese salvar mi vida?

—Estoy de acuerdo contigo. Dejemos, pues, el uranio, y tratemos de aproximarnos un poco más.

Cuando llegaron a la vista de la nave, la situación en la meseta había vuelto a cambiar. Ahora se habían abierto varias escotillas disimuladas en su centro y por ellas se deslizaban hacia el interior del meteoro todos los hombres que habían salido para proteger a la nave, más los tripulantes de ésta y sus prisioneros.

Unos segundos más, y todos habrían desaparecido. ¡Con ellos Helen, a la que Bruce se había propuesto salvar, hasta el panto de haber desertado para conseguirlo!

Debía hacer algo.

—-¡No! —-gritó—. ¡Esto no lo voy a permitir! ¡A Helen no se la llevan!

Tomó impulso y saltó de nuevo hacia adelante. Los hombres que

se metían por la escotilla dispararon en su dirección, pero la misma rapidez del salto impidió que pudieran hacerlo con puntería. Bruce, en cambio, tuvo más suerte, porque sus enemigos no podían cambiar de posición. Y uno de ellos pagó con la vida su criminal intento de matarlo.

Cayó casi en medio del grupo de los pocos que quedaban ya fuera. Fergus Warren había desaparecido, pero Helen seguía allí, resistiéndose a entrar en el tétrico agujero que la privaría definitivamente de la libertad.

A Bruce le bastaron un par de empujones para hacer rodar a dos hombres por el suelo. Otros dos, abandonando a Helen, se metieron rápido en la escotilla, para evitar el ataque de Morris, que había saltado después de Bruce.

— ¡La chica está salvada!—gritó aquél, viendo que no quedaba nadie más en el exterior. Y al momento repuso—: ¡Pero cuidado!

Eran los dos hombres a los que Bruce había arrojado al suelo, que desde varios metros de distancia, sin haberse levantado aún, se disponían a emplear sus pistolas.

Pero Morris habló y actuó al mismo tiempo. Fue algo que gustó mucho a Bruce, quien comparó a su amigo con uno de aquellos héroes del Oeste que aparecían en sus novelas, que siempre sabían aventajar a los enemigos en el manejo de las armas.

Morris disparó, matando a uno de los bandidos, mientras Bruce, advertido, se lanzaba al suelo obligando a Helen a imitarle.

De los dos hombres, uno pudo aún disparar, pero habiendo apuntado alto donde estaba Bruce un segundo antes, el tiro resultó fallido. Y ya no pudo rectificarlo, porque el policía, desde el suelo, acabó con él sin la menor consideración.

No se podía tener consideración alguna con aquellos nombres que habían hecho una profesión del asesinato, como los «gangsters» de otras épocas, y que se proponían, sin el menor remordimiento, acabar con la humanidad entera provocando el estallido del Sol.

— ¡A las escotillas! ¡Aprisa! — gritó Bruce, levantándose.

—Es inútil, muchacho — contestó Morris, señalándolas— Mira.

En efecto, las escotillas se habían cerrado ya. Había transcurrido muy poco tiempo, pero lo suficiente para que funcionasen los resortes interiores, y el acceso volviera a quedar cerrado como antes.

—Las volaremos con las bombas — repuso Bruce, tomando una —. Verás como tardamos muy poco en abrirnos camino.

— Bueno, ¿y qué me dices de eso? — preguntó Morris,

señalando las casamatas que circundaban la meseta—. ¿Crees que nos darán tiempo para hacer nada?

El muchacho estaba en lo cierto. Las ametralladoras habían permanecido silenciosas hasta aquel momento, porque aún quedaban bandidos en la superficie. Pero ahora no tenían ningún motivo para callar, y no cabía la menor duda de que su siniestro vómito de balas atómicas tardaría muy poco en producirse.

Bruce lo comprendió así, y comprendió que una vez más, si querían salvar la vida tenía que ser a base de la rapidez en las decisiones y los movimientos.

— ¡A la nave!— dispuso—. ¡La hemos conquistado, y reemplazará a la que nos destruyeron al llegar aquí! ¡Pronto! ¡Salta lo más alto que puedas, Helen!

Se lanzaron los tres casi al mismo tiempo, yendo a parar al pie mismo de la escalerilla de acceso, que subieron luego con toda rapidez, dejando que Helen pasara delante.

La elevación de tiro de las ametralladoras era limitada, de modo que cuando éstas empezaron a funcionar, la joven y los dos policías estaban ya a mitad de la escalerilla, fuera del posible alcance de las ráfagas.

—Aquí nos podemos detener un poco — sugirió Bruce —. Estamos en una magnífica plataforma para hacer uso de nuestras bombas.

Morris comprendió la idea y se dispuso a lanzar unas cuantas.

—No acertaremos a la ranura, como antes, pero aun así nos será posible hacer un buen trabajo—dijo—. ¿Cuáles eliges?

—Las de la derecha. Cuida tú de las del otro lado. Arrojemos las bombas y no esperemos los resultados. Tú, Helen, entra en la nave de una vez.

Bruce hablaba como un verdadero jefe, y sus órdenes fueron cumplidas sin discusión. Helen acabó de subir a toda prisa, y mientras penetraba por la compuerta de la nave, Bruce y Morris empezaron a lanzar sus bombas contra las casamatas que habían elegido.

Las llevaban en las manos de modo que las pudieron arrojar con rapidez una después de otra. Bruce contó:

— ¡Una... dos... tres...! ¡Vamos, Morris!

No subieron los escalones, sino que saltaron hacia arriba. Los estallidos, que se confundieron en uno solo prolongado, se llevaron la escalerilla destrozándola, mientras la nave entera experimentaba una brusca sacudida. Pero Bruce y Morris estaban ya en la compuerta, zafándose a los terribles efectos que, además de lo mencionado,

habían producido la completa inutilización de los seis juegos de ametralladoras.

— ¡Victoria! — gritó Morris, ya dentro de la nave.

—Todavía no—-le refrenó Bruce—. Hemos ganado una batalla, pero la guerra continúa. La victoria no llegará hasta el final.

—No me dirás, sin embargo, que no hemos hecho un buen adelanto.

—Sí, muchacho. No quiero desanimarte, y reconozco que hemos llegado incluso más lejos de donde me figuraba yo al principio. Pero lo que nos falta hacer es mucho aún. Y el misterio, mayor que nunca.

Se habían reunido los tres en la cabina de mandos. La nave estaba cerrada exteriormente, y la atmósfera artificial del interior les permitió prescindir de los molestos cascos de vacío.

—Ha sido una lástima que no pudieras salvar a tío Fergus, Bruce — dijo Helen, que, fue la primera en hablar.

La joven ignoraba sin duda la tremenda amenaza que Fergus Warren había formulado a través de la televisión, y seguía considerando a su tío, igual que a ella misma, como víctima de una desconocida conspiración.

Pero Bruce no opinaba lo mismo. Cierto que había visto a Warren salir de la nave como un cautivo, y había oído antes hablar de cautivos en plural. Pero también había visto y oído a Warren a través de la pantalla, y no descartaba que lo del supuesto cautiverio no fuese más que una comedia, aunque no podía explicarse con qué finalidad.

— ¿Has hablado con tu tío durante el viaje, Helen? — preguntó de pronto.

Helen explicó:

—No. Al sacarme de casa me llevaron a un helicóptero que había aterrizado en el jardín, el cual me condujo a esta nave, que nos esperaba en un lugar solitario. Creo que un desierto, aunque no llegué a hacerme cargo, debido a la rapidez con que me obligaron a efectuar el trasbordo. Luego me encerraron sola en un camarote. No he visto a tío Fergus hasta el momento de salir. Y no tengo la menor idea de dónde estoy.

—Estás sobre un meteoro de uranio, Helen—le dijo Bruce, sonriendo con amargura—. Un meteoro capturado al azar, que vagaba fuera de nuestro espacio, y que vale muchos miles de millones. ¡Pero que está destinado a morir en el centro del Sol, convertido en una gigantesca bomba atómica!

— ¿Qué? — preguntó ella, que no acababa de comprender las palabras de su novio.

—Ya lo has oído. El Sol estallará, al hacerlo este meteoro, y con el Sol desaparecerán todas las posibilidades de vida de los planetas. Mejor dicho, serán abrasados por la inmensa catástrofe.

— ¡Dios mío! — exclamó ella, comprendiendo sólo en parte—. ¿Quieres decir que...? Pero ¿quién hará semejante cosa? ¡No es posible que haya nadie capaz de concebir semejante crimen!

—Al parecer, lo ha concebido un hombre de ciencia que padece trombosis coronaria, y a quien los médicos han asegurado que le quedaban muy pocos meses de vida. Un hombre que al morir se quiere marchar bien acompañado.

— ¡No! —exclamó ella—. ¡Supongo que no te referirás a... a mi... .

No tuvo valor para concluir la frase, y Bruce comprendió que era una crueldad hacerla sufrir de aquel modo.

La tomó una mano, con suavidad, mientras le decía, en el tono más amable que le fue posible:

—Te he dicho que «al parecer» un hombre como el que he descrito había concebido la idea de hacer estallar el Sol, Helen. Pero no he pronunciado ningún nombre, porque no tengo aún la completa seguridad.

— ¡Diablos!—exclamó Morris, interviniendo en la conversación —-. ¿Quieres más pruebas que la presencia del propio Warren en la pantalla? Yo creo que es el único responsable.

—Sin embargo, ¿cómo te explicas que el mismo Warren se hallara aquí, a bordo de una nave que venía de la Tierra, y en concepto de prisionero, Morris? — le preguntó, Bruce, con la misma calma.

—Pues... la verdad es que no lo sé — confesó, aturdido, el muchacho—. En efecto, aquí hay algo extraño.

Mientras hablaban, no descuidaban la vigilancia del exterior, a través de la pantalla visora. Fuera, la calma era absoluta después de las explosiones que habían destruido parcialmente las casamatas que rodeaban la meseta. Las escotillas permanecían cerradas, y nadie había vuelto a salir al exterior.

Después de las últimas palabras, se había producido un breve silencio, que rompió el propio Morris, preguntando:

— ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Esperar — contestó Bruce, sencillamente.

— ¿Esperar qué?

—Esperar que sean ellos los que se muevan. Estamos en una situación que no puede prolongarse, pero mientras, no podemos hacer otra cosa más que esperar. Si nos alzamos, los cañones del meteoro

nos destrozarán la nave, como destrozaron ya la otra.

—Pero si nos quedamos, iremos a parar al interior del Sol, que es la meta de nuestro viaje. ¡No me gusta la idea, Bruce!

—Antes de llegar al Sol, los que se han escondido en el interior del meteoro tendrán que asomar las narices, a menos que ellos quieran también perecer, ¿No te parece?

—Sí — contestó Morris— Y en cuanto lo hagan, se las aplastamos bien.

Bruce no pudo menos que sonreír ante los bruscos cambios de humor de su amigo, que pasaba del mejor de los optimismos al más negro pesimismo, y viceversa. Al mismo tiempo, se sentía profundamente reconocido hacia aquel muchacho, que no había vacilado en exponerse a un severo castigo para ayudarle en una misión noble, pero al margen de la disciplina a que estaban obligados los dos.

—De momento, lo mejor que podemos hacer es entregarnos al descanso, Morris — le dijo—. Llevamos muchas horas sin dormir, y nuestras facultades no tardarán en resentirse.

—Es una buena idea. Pero ¿vamos a abandonar la, vigilancia?

—Nos turnaremos los dos, para evitar cualquier sorpresa. Tú puedes descansar primero. Yo me quedaré.

— ¿Y no contáis conmigo? — preguntó Helen, ofendida—, ¿No estoy obligada lo mismo que vosotros?

—Gracias por la oferta, pero no hace falta, Helen. Te aseguro que Morris y yo nos bastamos, mientras dure la calma.

Helen tuvo que convenir en que Bruce estaba acertado, y no quiso continuar discutiendo aquello que ante la gravedad de las circunstancias no resultaba más que una trivialidad.

—Vete a descansar también-—concluyo Bruce—. Te será provechoso.

—Antes... antes quisiera saber lo que tío Fergus tiene que ver en todo eso, Bruce. No descansaría tranquila si tuviera la- sospecha de que él...

—Más que saber quién ha organizado todo esto, Helen, lo que importa es impedir que la amenaza se cumpla. ¡Lo que realmente interesa es salvar a la humanidad de la terrible muerte a que un loco la ha condenado! En cuanto a tu tío, no sé en realidad qué decirte, Helen. Es cierto que habló a través de la pantalla, pero no lo es menos que estaba aquí, en esta nave que procedía de la Tierra. No podía estar al mismo tiempo en dos sitios distintos, eso es todo. Y... ahora me doy cuenta de una cosa en la que entonces no reparé, absorbido por la

gravedad de lo que se estaba diciendo, pero de lo que ahora me doy cuenta al recapacitar con mayor serenidad. ¡Había algo raro en el modo de hablar de tu tío, Helen!

— ¿Qué era? — preguntó la muchacha, ávidamente. Tenía interés en que la inocencia de su tío saliera a flote.

—No lo sé. No te lo podría decir. Quizá en otro momento me sea posible expresarlo.

Helen no insistió, y la conversación quedó cortada, mientras los tres se sumían en sus propios pensamientos. Morris no se había retirado aún a descansar. A pesar de todo, el muchacho se daba cuenta de la gravedad de la situación, y no tenía demasiado sueño. Helen pensaba en su tío, y Bruce en el conjunto de circunstancias que le habían convertido en un desertor de la Policía del Espacio, con el agravante de haberse apoderado de una nave por la violencia.

¿Qué porvenir le esperaba? Ahora que había rescatado a Helen y que no le mordía la impaciencia por la situación de su prometida, veía las cosas desde su verdadero ángulo.

No podía pensar en volver al servicio, ni siquiera en vivir tranquilamente en cualquier parte del Universo controlado por seres humanos. La Ley le perseguirla y le haría pagar su insubordinación. Había salvado a Helen, pero no podría casarse con ella, porque tendría que ir a la cárcel durante muchos años, a menos que se quisiera convertir en un fugitivo corno aquéllos a los que él había perseguido durante tantos años de servicio.

Le quedaba una posibilidad para reivindicarse, y era salvar a la humanidad de la terrible catástrofe. Entonces, todo cuanto había hecho tendría validez, y las autoridades de quien dependía no podrían hacer otra cosa que sancionarlo.

Pero ¿qué posibilidades tenía para evitar el estallido del Sol? Para conseguirlo tenía que evitar la marcha de aquel meteoro sobre el que se encontraba, y que parecía dirigido por algún oculto motor, como si todo él estuviera convertido en una inmensa nave. ¿Cómo detenerlo?

El acceso al interior le estaba vedado. Conseguiría quizá hacer saltar la escotilla mediante una bomba, pero luego sucumbiría dentro, ante la superioridad y mejor situación de un enemigo que defendería su refugio con todas las fuerzas y energías de que fuese capaz.

Cierto que ese enemigo tendría que abandonar el meteoro antes de sumergirlo en la masa del Sol, y entonces él podría atacarlo y hasta quizá vencerlo. Pero esto no evitaría que el meteoro se convirtiera en una inmensa bomba atómica, ya que, de todos modos, abandonado por sus ocupantes, acabaría llegando a su objetivo.

Y si ocurría esto... Bruce se encogió de hombros. SI ocurría, le

tenía ya sin cuidado el proceso y todo lo que pudiera derivarse de él. Sin darse cuenta, había llegado a las mismas conclusiones que su amigo Morris.

No podía hacer nada, más que dejarse llevar por la fatalidad y acompañar al meteoro en su peregrinaje por los diversos planetas. Ahora estaban todavía en Saturno. Bruce ignoraba sí a los habitantes de éste se les había anunciado ya la futura catástrofe. En todo caso, la llegarían a saber, pues el capitán Halloway habría transferido ya la noticia al Cuartel General, de donde habría pasado a la Tierra y a todos los habitantes del Sistema.

Durante unos momentos, Bruce pensó en el pánico terrible que sin duda se habría posesionado ya de la humanidad. Consideró que en sus manos estaba salvarla, y que si él no lo conseguía era dudoso que lo consiguiera alguna otra persona.

Nadie podía acercarse al meteoro. Él y Morris lo habían logrado jugándose la vida, pero era dudoso que otros lo intentaran también, y, sobre todo, que lo consiguieran.

El meteoro seguía dando vueltas a Saturno. Nadie les había ido a molestar, tal vez porque no se sospechaba aún que la amenaza surgía de allí. O porque, habiendo cundido la noticia, el desorden era tan grande ya que nadie mandaba ni nadie era capaz de obedecer.

En aquel punto de sus reflexiones se registró una llamada, y la pantalla se iluminó, apareciendo en ella el rostro de Fergus Warren.

El mismo Fergus Warren que había visto en Neptuno, sonriente y amable, como si fuese a iniciar una charla sin importancia.

Bruce no observó ninguna diferencia.

Helen lo vio también, y se puso ante el espejo visor, apresuradamente, mientras exclamaba:

— ¡Tío! ¡Tío! ¿Dónde estás? ¿Desde dónde hablas?

Fergus Warren siguió sonriendo, sin contestar a su sobrina. Luego, inició su discurso.

—Estamos todos reunidos en familia, Mac Donald— dijo—. Usted, mi sobrina y yo. No he destruido aún la nave porque Helen está en ella. Pero le requiero a que se entregue. Usted no es de los que sacrifican a una mujer para protegerse a sí mismo.

Y le advierto, que si no se ha entregado para dentro de seis horas, cuando iniciemos la marcha hacia Júpiter, la nave será destruida de todos modos, y nadie más que usted será el responsable de la muerte de Helen.

La muchacha miraba aterrada a la pantalla, sin atreverse a dar crédito a lo que veía y escuchaba. Era imposible que su tío hablase de

aquel modo, amenazando con aquella terrible frialdad. Era imposible, por enfermo que estuviera y por mucho que fuese su peligro de morir de un momento a otro de un ataque al corazón.

— ¡No, tío!—.exclamó, reaccionando—. ¡Tú no harás eso! ¡No puedes hacerlo!

En vez de contestarle, Fergus Warren repuso:

— ¡Ya lo sabe, Mac Donald! ¡Tiene seis horas de plazo! ¡En el meteoro hay baterías que pueden disparar contra la nave y destruirla en pocos momentos! ¡Espero de su caballerosidad que no permitirá el sacrificio de Helen! ¡Pero le advierto también que no esperaré un segundo más!

— ¡No! ¡No!--volvió a exclamar Helen. Y de pronto, tratando de dominarse, añadió—: Pero... ¡esa voz! ¡Es la suya, la de tío Fergus, y sin embargo...!

— Sin embargo, hay algo raro en ella, ¿verdad Helen? —concluyó Bruce —. Es lo que te estaba diciendo hace poco. Pero ahora ya he visto de qué se trataba. Ahora he observado con serenidad y he podido darme cuenta de que las palabras no coinciden con el movimiento de los labios. Parece que diga una cosa y está diciendo otra. Ésta es la anormalidad.

—Entonces, ¿qué puede ser, Bruce?

— ¡Sencillamente, que no es tu tío el que habla en estos momentos, Helen! ¡La imagen de Fergus Warren está en la pantalla, pero no es él quien nos dirige la palabra! ¡Esto explica muchas cosas!

CAPÍTULO V



L orador, Fergus Warren, o quien fuese, había pronunciado ya su discurso, formulando su amenaza, y se retiró. La pantalla volvió a apagarse, desapareciendo la imagen, y las tres personas que estaban en la cabina de la nave se contemplaron durante unos momentos, sin saber qué decir.

Fue Morris quien habló por fin.

—Si no es Warren, ¿por qué le usan como fantoche? — preguntó.

—Esto te lo podría aclarar quien lo hace, Morris— contestó Bruce —. Pero el caso es que ahora sabemos que no es él quien dirige todo esto.

—No creo que hayamos adelantado mucho para impedir que el meteoro se meta en el Sol para hacerlo estallar.

—No. pero hemos conseguido la tranquilidad espiritual de Helen, y esto vale mucho para mí, Morris. Quizá tú no lo comprendas...

—Me he enamorado tantas veces, que no sé en qué consiste el verdadero amor. Perdóname, Mac Donald.

Helen intervino mucho más calmada que al principio.

—Si no es tío Fergus quien ha hablado, no tenemos por qué hacer caso a lo que ha dicho. Por lo tanto, nada de abandonar la nave ni entregarse, Bruce.

—Al contrario, Helen — replicó él—. La cosa es ahora más grave que nunca. Porque si hubiese sido tu tío el que hubiese amenazado, quedaría aún la esperanza de que no lo cumpliría. Pero siendo otro...

— ¡Oh! Pero... no me vas a abandonar...

—Morris quedará contigo, mientras yo me entrego, Helen. Él no va incluido en la demanda de rendición.

— ¡Muy bonito!—exclamó el aludido—, ¿Y supones que voy a dejar que te entregues sin ir contigo? ¡No lo sueñes! ¡He iniciado esta aventura a tu lado, y a tu lado la pienso terminar!

—Pero. Morris, has de comprender que Helen necesita...

—Sólo comprendo lo que me conviene, amigo. Me pasa lo mismo que cuando saqué la pistola en la Base para proteger tu huida. De haber comprendido lo que convenía, me hubiese quedado quieto junto al capitán. Y hasta quizá hubiese colaborado para impedir tu fuga.

Bruce, medio emocionado, estrechó la mano de su amigo.

—Perdóname, Morris — le dijo—. A veces creo que no sé lo que digo. Tienes razón, muchacho; no puedo obligarte a que te separes de mí, después de lo que has hecho. Pero tampoco puedo dejar a Helen sola en la nave, sin protección.

— ¿Cómo piensas solucionarlo? Te advierto que es una estupidez la idea de entregarse, después de haber luchado tanto para lo contrario.

—Creo que no hará falta que me entregue yo ni nadie. Abandonaremos la nave los tres, y entonces que disparen contra ella cuantos cañonazos les venga en gana. Nos llevaremos provisiones, y nos ocultaremos en cualquier parte del meteoro.

— ¡Así se habla! ¡Casi estaba a punto de destituirte como jefe!

—Sólo que así no evitarás que continuemos nuestro viaje hacia el Sol, Bruce—intervino Helen—. Y seguramente en estos momentos hay ya miles de millones de seres humanos que están esperando que alguien les libre de la tremenda pesadilla que representa esta marcha hacia la muerte.

— ¡Caramba, Helen! ¡Eres más valerosa de lo que te había

supuesto!

La joven se había animado de verdad, desde que habla adquirido la convicción de que su tío no era el autor de aquello, sino que era empleado por alguien que se escudaba tras su nombre.

—El organizador de esta tragedia lo ha sabido preparar todo muy bien —repuso la muchacha —. El meteoro se va acercando al Sol, deteniéndose en todos los planetas habitados, para hacer mayor su sensacionalismo. Sabe que la gente seguirá esta marcha macabra y estará pendiente de todas sus etapas, contando con angustia los segundos que queden de existencia al Sistema Solar, sin que se pueda hacer nada para impedirlo, porque, supongo, en última instancia, el meteoro sería enviado contra el Sol prescindiendo de las últimas etapas si fuese necesario. ¿Y nosotros, que estamos en él, vamos a tolerar que se realice punto por punto esta broma trágica?

—Hasta ahora la hemos tolerado por necesidad, Helen —contestó Bruce—. Morris y yo estábamos solos y desconocíamos, además, los accesos al interior del meteoro. Ya hemos hecho bastante con permanecer en él y aguantar los ataques de esos bandidos, superándolos incluso hasta el punto de haberte podido salvar a ti de sus garras.

—Pero tío Fergus sigue en su poder. Y mientras lo tengan, lo utilizarán como pantalla, no sé con qué finalidad, para escudarse tras él.

Bruce comprendió cuál era el verdadero motivo de las palabras de Helen. Quería salvar a su tío cuanto antes, lo mismo que él, Bruce, por encima de todo, se había lanzado a la aventura para salvarla a ella. Fergus Warren había recogido a Helen muy joven, pues la muchacha quedó pronto huérfana, y lo había sido todo para ella. Se comprendía, por lo tanto, el cariño de ella y el interés con que se había negado a admitir la menor participación de Fergus en aquel terrible crimen.

—No necesitan a tu tío para hacerle aparecer, Helen— le dijo Bruce— . Ahora creo haber adivinado la verdad sobre este extremo. Lo que aparece en la pantalla es una proyección cinematográfica, tomada durante alguna conferencia de Fergus Warren. Por eso sonríe sin cesar, y por eso Warren puede estar a bordo de una nave que viene de la Tierra mientras su imagen aparece en una emisión lanzada desde el cielo de Neptuno.

— ¡Dios mío! Entonces...

—Sí, Helen. Palmo a palmo, iremos desentrañando la verdad. La imagen de tu tío es proyectada en la pantalla visora, mientras alguien que imita su voz va formulando la terrible amenaza.

— ¿Y no tienes idea de quién es ese alguien, Bruce?

—También, y ahora he de volver a mis primitivas ideas, que rechacé al adquirir provisionalmente la convicción de que todo era obra de tu tío. Me dejé engañar por las apariencias, pero ahora he de volver a mis ideas primitivas.

— ¿Pero quién es esa persona. Bruce? ¡Habla!

— ¿Sabes de quién son o de quién pueden ser las iniciales «DC» con que se distinguen estas naves? Yo creo que el nombre completo podría muy bien ser Derek Conway.

— ¡Derek Conway! ¡El que fue durante tantos años ayudante de tío Fergus! ¡El que...!

—Sí, Helen — concluyó Bruce —. El que te solicitó en matrimonio. El hombre de los fracasos. El que odia a la humanidad, porque no ha sabido reconocerle su parte en los inventos de tu tío; el que me odia a mí porque le he arrebatado en tu corazón un sitio que creía pertenecerle, y el que sigue amándote a ti con locura, Helen. Esto explica que estemos aquí los tres; tú, tío Fergus y yo. Y esto explica que el meteoro marche hacia el Sol, con la implacable finalidad de hacerlo estallar, para vengarse de una humanidad que no ha sabido reconocer los méritos de Derek Conway.

— ¡Pero ese hombre ha de estar loco!

—Loco o no, se ha trazado un plan que llevará a cabo si nadie consigue impedírselo. Lo que ha hecho hasta ahora demuestra que no quiere limitarse a una simple amenaza para asustar. Derek Conway pretende acabar con nuestro Sistema, para irse a otra Galaxia con las personas a las que ha elegido como únicos compañeros. Tú entre ellos, Helen. Para llevar a cabo su obra, para preparar sus trabajos, se ha servido de delincuentes, ya que ninguna persona honrada hubiese querido colaborar con él, fuese cual fuese el precio. Esto es lo que, recogiendo datos de un sitio y de otro, he podido averiguar hasta ahora.

— ¿Y vamos a permitir que consuma su obra?

—Estamos en un callejón sin salida. Hay que impedírselo o perecer..., salvo tú, a quien ofrece un puesto a su lado, Helen.

— ¡Dios mío! ¡Pero yo preferiría antes la muerte que aceptar la vida en esas condiciones!

—Es digno de ti, Helen, hablar de este modo — prosiguió Bruce —-. Si estamos aquí es para impedir que Conway actúe, pues de lo contrario no tendríamos más que poner en rápido movimiento esta nave, y escapar de las proximidades del meteoro. Pero ¿qué ganaríamos con ello, salvo retrasar un poco la muerte? Ya he dicho que estábamos en un callejón sin salida. Ni siquiera nos queda la posibilidad de huir a nuestra vez hacia otras galaxias, porque las naves

de que disponemos no servirían para un viaje tan largo, hemos de suponer que Conway habrá inventado algo especial, que permita soportar una marcha de tantísimos años luz, y hasta quizá el medio de no envejecer durante ese tiempo. Claro que todo eso no son ya más que conjeturas mías...

—En resumen — concluyó Morris —, que la única solución está en echarle mano a ese Conway, y convencerle de que debe dejarse ya de pruebas atómicas en el Sol y otras idioteces por el estilo.

—Esta es la solución, Morris. Sabes expresarte de una manera gráfica, como de costumbre. El problema está en echarle mano a Conway, pese a que lo tenemos tan cerca de nosotros.

—Yo me pronuncio a favor de que asaltemos su guarida, y lo arranquemos de allí a toda costa.

—Y yo me pongo al lado de Morris — añadió Helen.

—Entonces no hace falta que pronuncie yo mi voto —dijo Bruce —. Estoy en minoría en este Consejo de Guerra. ¡Adelante, pues, sean cuales sean las consecuencias!

Se armaron, llevándose comprimidos alimenticios, lo mismo que cuando se lanzaron la vez anterior sobre la superficie del meteoro. Helen no quiso ser menos que ellos, y se colocó una pistola automática al cinto, aunque Bruce le hizo prometer que sólo la emplearía en caso de absoluta necesidad.

La escalerilla de acceso a la nave estaba destruida, pero esto no representaba ningún problema, llevando colocados los antigravitatores. Saltando simplemente, hubiesen llegado al suelo sin hacerse daño; pero con los antigravitatores en funcionamiento todo resultó más fácil aún.

Se habían puesto de acuerdo en hablarse mediante notas escritas, como antes Bruce y Morris, para evitar que les localizaran.

—A pesar de todo, nuestra salida de la nave será controlada—-había advertido antes Bruce—. Sólo después, cuando estemos lejos, avanzando tendidos en el suelo, conseguiremos escapar en parte a su control.

No anduvo desacertado en esta suposición, porque apenas hubieron tocado el suelo del meteoro, cuando se registró una llamada en les auriculares de sus cascos.

— ¡Atención, Bruce Mac Donald! — dijo una voz—. ¡Falta usted a lo convenido! ¡Las condiciones eran que Helen se había de quedar en la nave!

Aquello no era más que una advertencia para demostrar que se ejercía vigilancia constante sobre la nave y los movimientos de Bruce

y los de su bando. Porque Bruce no había quedado, en nada ni había aceptado la menor condición. No contestó, e hizo una seña a sus dos acompañantes para que continuaran la marcha.

— ¡Piense en las consecuencias de lo que está haciendo, Mac Donald!—repuso la voz.

Esta vez Bruce no se pudo contener. Su salida de la nave había sido controlada. Cruzaban la meseta, con las casamatas que la bordeaban destruidas, y, por lo tanto, aunque sin duda les velan, nada podían hacer contra ellos de momento, y no había peligro en contestar.

— ¡No concibo cómo una mente tan obtusa como la de usted puede haber organizado todo esto, Conway! —dijo—. ¿Qué me puede pasar si no hago lo que usted quiere? Sencillamente, que puedo morir. ¿Y qué me pasará si le obedezco y me entrego? Que moriré también. ¿Dónde está, entonces, la ventaja?

— ¿Cómo sabe, que mi nombre es Conway?—preguntó la voz, en tono de sorpresa.

—-Más o menos del mismo modo que usted ha sabido que el mío es Mac Donald. Creo que nos presentaron hace tiempo en casa del profesor Fergus Warren, Fue Helen, poco antes de darle calabazas a usted.

— ¿Eh? ¿De modo que sabe...?

—Sé muchas cosas, Conway — repuso Bruce —. Y no me extraña que, siendo usted tan obtuso, su nombre no haya brillado nunca. Vénguese en usted mismo, pero no en la humanidad, que ha tenido derecho a opinar sobre su estupidez.

— ¡Le costará caro esto, Mac Donald!

—Supongo que sí. La muerte una vez más. Ya va resultando aburrido de tanto repetirlo. Pero crea que lo siento, Conway; no tengo más remedio que interrumpir una conversación tan amena. Puede cortar.

— ¡Oiga, Mac Donald!

Bruce no contestó ya. No le importaba haberlo hecho mientras cruzaba la meseta, donde tenía que ser visto, pero ahora había llegado ya al límite rocoso de la misma, y no le convenía denunciar su posición ni la de sus amigos. Y mientras Conway repetía en vano sus llamadas, sin duda para reanudar la conversación y poder así mantener el control de la marcha de Bruce; éste, con Morris y Helen, se tendieron en el suelo y continuaron el avance a rastras, para sustraerse a la vista de cualquier pequeño radar que estuviera oculto por allí.

Avanzando a rastras, ocultos por las rocas que tenían por todos los lados, sólo en el caso de que pasaran por delante de un radar escondido entre las piedras su presencia sería detectada. Pero los que estuvieran un poco lejos no les captarían ya en su pantalla.

Pasaron rozando la casamata que Bruce había destruido antes, al introducir una bomba por la ranura de las ametralladoras. Se había formado allí un pequeño embudo, donde a Bruce le pareció que estaban trabajando apresuradamente para reparar los desperfectos, pues se notaba la limpieza de escombros efectuada precisamente en lo que había sido techo de la casamata.

Allí había un agujero que permitía bien el paso de un hombre, y Bruce, al darse cuenta, hizo una seña a sus amigos para que se detuvieran.

—Vamos a meternos por aquí. ¿Qué os parece? — les dijo, por el procedimiento escrito.

Helen y Morris hicieron gestos afirmativos, y el segundo se dispuso ya a deslizarse por el hueco. Bruce le tuvo que apartar amistosamente, indicándole a continuación:

—Yo soy el jefe, amigo. Me corresponde pasar delante. Que me siga Helen, y tú vigila la retaguardia. No creas que es lo menos peligroso.

Después de lo cual, Bruce pasó al interior de la casamata. Llevaba en la mano su pistola atómica, y estaba atento a la más leve contingencia que le obligara a hacer uso de ella.

También en el interior de la casamata se habían efectuado trabajos de desescombro. Al meteoro no le quedaba mucho tiempo de vida, pero por lo visto Conway lo quería tener en perfecto estado hasta el último momento, por si se veía obligado a repeler cualquier nuevo ataque.

No le faltaba mano de obra, ya que empleaba sin duda a los presidiarios que habla liberado de los penales de Plutón.

La casamata era de acero, y, según había podido comprobar antes Bruce, poseía un mecanismo que la ocultaba bajo las rocas cuando no era necesaria su exhibición. A pesar de todo, el acero no había podido resistir la explosión de la pequeña bomba atómica que había sido lanzada a través de la ranura por el propio Bruce, y ahora su interior no era más que un caos de hierros retorcidos, al fondo de los cuales se veía la entrada de un pasillo.

Aquellos hierros eran los que trataban de recoger los presidiarios pasados al servicio de Conway sin duda bajo el estímulo de una vida libre, de la que podrían gozar una vez en otra Galaxia.

Bruce no se entretuvo en la destrozada plataforma, y avanzó

hacia el pasillo, que era en realidad una escalera de descenso. Morris y Helen le siguieron, empuñando también sus armas, y no necesitaron luz, porque aquella parte, no afectada por la explosión de la bomba, estaba iluminada.

—Ha de ser maravilloso trabajar en un astro de uranio, por pequeño que sea — comentó Bruce—. Uno tiene todo el material en casa, y no necesita preocuparse por el gasto de energía.

— ¿Supones que la han sacado toda de aquí?— preguntó Morris, que no estaba demasiado ducho en la materia, pese a que prefería los temas modernos a los viejos relatos del Oeste, al contrario de Bruce.

— ¿No te das cuenta? — contestó éste—. ¡El meteoro ha sido vaciado por dentro y convertido en una inmensa nave que puede gastar energía sin limitación! Empleado esto al servicio del bien, sería algo magnífico. Hasta empiezo a creer que la poca gravedad que tiene el astro ha sido producida mediante energía atómica, para que las personas y las naves tuvieran un mínimo de estabilidad en su superficie.

Siguieron adelante, siempre en descenso, y por lo tanto cada vez más hacia el interior del meteoro. Y, de pronto, Bruce, que seguía siempre delante, anunció:

— ¡Una puerta! ¡No se puede continuar!

— ¿No hay manera de hundirla? — preguntó Helen.

—Mediante un empujón, como supongo que sugieres, no — contestó Bruce—. Es automática, y se cierra mediante un mecanismo situado en el interior. Claro que se podría hacer volar con una bomba, pero para colocarla deberíamos nosotros retroceder antes todo el camino que hemos hecho hasta aquí.

— ¡Hum!—gruñó Morris—. Demasiada pérdida de tiempo. ¿No hay otro sistema?

—No conozco ninguno. Esta puerta es algo así como la entrada de una nave. Su misión es mantener dentro una atmósfera artificial, y evitar que se pierda. ¿Me comprendéis?

Le comprendían, y no había más remedio que colocar la bomba, pese a la pérdida de tiempo que aquello significaba. Pero sería peor, como hizo notar Bruce, quedarse allí sin hacer nada.

—El único perjuicio para nosotros, si colocamos la bomba, será que se enterarán de nuestra presencia aquí, que hasta ahora, según creo, habíamos podido guardar secreta.

No obstante, Bruce tomó una de las bombas y se dispuso a graduar la espoleta para que les diera tiempo a retroceder antes de producirse la explosión.

Y en aquel momento, la puerta se abrió, con gran sorpresa de los tres que esperaban fuera. Al otro lado apareció un grupo de hombres armados con pistolas, y dispuestos a hacerlas servir. No había necesidad ya de emplear bombas para entrar allí.

— ¡Cuidado, señores!—dijo uno de los hombres —. ¡Observen la diferencia y piensen en lo que van si hacer! ¡Será mejor que se rindan!

— ¡Nunca, hemos tenido en cuenta la diferencia numérica!—gritó Bruce—, ¡En parte, éste ha sido nuestro mal!

— ¡Pues la tendrán que tener en cuenta ahora!— exclamó una voz a sus espaldas.

Y al volverse, los tres amigos vieron a otro grupo que avanzaba por el pasillo, detrás suyo.

— ¡Nos han seguido, a pesar de nuestras precauciones! — mascculló Bruce.

—Les hemos seguido; les hemos dejado hacer..., pero sólo hasta cierto límite—contestó el de la espalda—. Ahora, ustedes deben decidir si quieren convertirse en héroes..., muriendo aquí como unos valientes.

— ¡Por mí, no va a quedar! —.gruñó Morris, alzando su arma —. ¡Me llevaré por delante a todos los que pueda!

Pero Bruce, muy rápido, le sujetó el brazo.

— ¡No seas loco, Morris! — gritó—. ¿No piensas en Helen? ¡Si nos ametrallan, ella sucumbirá con nosotros! ¡No lo podemos permitir!

Morris gruñó aún, pero por fin aflojó el brazo, dejándose dominar por su amigo. Éste arrojó al suelo su pistola, al tiempo que anunciaba:

—Nos rendimos. Hagan de nosotros lo que quieran. Pero la señorita ha de quedar a salvo.

— ¡No! — gritó Helen—. ¡Ahora soy yo la que no acepta las condiciones! ¡Habíamos acordado...! Bruce dijo:

— ¡Al diablo lo acordado, Helen! ¡No estoy dispuesto a sacrificarte!

El mismo hombre que había hablado antes intervino para cortar la discusión:

—Pasen al otro lado de esta puerta. Allí les acabaremos de desarmar.

Pero en aquel momento alguien salió corriendo por la parte interior, avisando a sus compañeros:

— ¡Alarma! ¡Alarma! ¡Numerosas naves están aterrizando sobre el meteoro! ¡Son de la policía del Espacio!

La noticia cayó como un rayo. El hombre que había llevado la voz cantante hasta entonces, y que parecía ser un jefe de grupo, exclamó:

— ¡Por todos los medios hemos de impedirles que pasen al interior! ¡Venid conmigo, pronto!

— ¿Qué hacemos con los prisioneros? — preguntó otro.

Era un problema, y la situación urgía. Sin embargo, la solución llegó de un modo inesperado. Una voz, desde el fondo del pasillo, se dejó oír:

— ¡Parece que aquí hay alguien! ¡Hemos acertado el camino, muchachos!

— ¡Quizá los otros también! ¡Ha sido una buena idea dividirnos en grupos! — repuso otra.

— ¡La Policía del Espacio!—gritó el jefe—. ¡A ellos!

Casi sin darse cuenta se desentendieron de los dos amigos y Helen, para hacer frente a la agresión que procedía ahora del exterior. Fue una equivocación, porque, viéndose ahora protegidos por los que llegaban, Bruce y Morris cambiaron completamente de actitud. Ya no pensaban en rendirse.

Dejaron pasar a los del interior, que acudían a la llamada de su jefe, y con un gesto rápido, de mutuo acuerdo, recogieron las pistolas que acababan de arrojar al suelo.

— ¡Ahora es la nuestra, Morris! —gritó Bruce—. ¡Corred los dos! ¡Aquí, al otro lado de la puerta!

Se volvieron dos hombres de la retaguardia, enfilaron sus armas hacia ellos, pero fueron eliminados en un momento. Cuando los demás se dieron cuenta del error cometido, era ya tarde para rectificar. Bruce, Morris y Helen estaban en una habitación, en la que terminaba el pasillo, protegidos por el ángulo de la puerta.

Desde allí, los dos amigos, uno a cada lado, abrieron fuego nuevamente, dejando sin vida a otros dos enemigos. Ahora eran los secuaces de Conway los que quedaban cogidos entre dos fuegos, sin escapatoria posible.

— ¡Si les gusta el baile, vamos a continuar! —gritó alegremente Morris.

Pero los supervivientes optaron por rendirse, porque también en el otro lado se habían producido bajas. Seguir resistiendo significaría ahora entregarse todos estúpidamente a la muerte.

Momentos más tarde, un oficial de la Policía del Espacio estrechaba las manos de Bruce y de Morris.

—Soy el teniente Pierce, destacado en Júpiter — les dijo—. Hemos captado su mensaje, y veo que hemos pedido llegar a tiempo.

¿Quién de ustedes nos llamó?

—Fui yo— dijo Bruce.

— ¿Tú? — exclamó, asombrado, Morris —. Yo creía que era casualidad...

—Me entretuve unos momentos antes de que abandonásemos la nave — explicó Bruce —. Los aproveché para enviar una llamada urgente, según nuestra contraseña especial, dando la posición del meteoro. Temí que la gente de Conway lo captase a su vez, pero quizá no han sido capaces de descifrar a tiempo la clave.

— ¡Hum!—hizo Morris—, ¿Y ahora...?

—Supongo que ahora hemos de constituirnos prisioneros, ¿verdad, teniente?

—No sé de qué me hablan — contestó el oficial, extrañado —. Lo único que les puedo decir es que no tengo ninguna orden en tal sentido.

—Tanto mejor... de momento. Así podremos continuar un poco más. Les advierto que el trabajo está apenas empezado. El interior debe de ser un vivero de hombres.

—Nos dividiremos en nuevos grupos, y cada uno explorará una parte de este meteoro. Es una buena idea hacerlo de tres en tres. ¿Quieren ustedes continuar juntos?

—Le agradezco su amabilidad, teniente — dijo Bruce—. Desde luego, no desearíamos separarnos, ya que juntos hemos comenzado la aventura.

—Adelante, pues. Pueden continuar.

Y mientras los policías acababan de desarmar, a los prisioneros, los dos amigos y Helen se lanzaron de nuevo adelante, seguros de que ahora los peligros serían mucho menores.

Por el interior había corrido ya la voz de la invasión del meteoro por la Policía del Espacio. Se sabía que se trataba de una invasión masiva, y los ánimos estaban muy decaídos.

El teniente Pierce dividió a sus hombres en pequeños grupos, que se unían rápidamente cuando encontraban un núcleo de resistencia, combatiendo hasta que lo habían eliminado o conseguían su rendición.

Los prisioneros iban en aumento. Pierce ordenó que fuesen evacuados al exterior, completándose así la limpieza de aquel antro.

Por parte de la Policía hubo también algunas bajas, pero los resultados eran cada vez más satisfactorios, y la resistencia menor.

— ¡Paso a la Policía del Espacio! — era la consigna—. ¡Ríndanse o serán atomizados!

Bruce, Morris y Helen habían continuado por su cuenta el avance hacia el interior, dejando que sus compañeros de armas acabasen con los núcleos que se iban encontrando en los diversos departamentos.

—-Pero esto parece no tener fin — comentó Morris, de pronto —. Todo son salas, pasadizos, más salas y más pasadizos.

—De un modo u otro llegaremos al sitio donde se oculta Conway — contestó Bruce — .No te impacientes.

—Bueno — dijo Morris de pronto, respondiendo a una idea que al parecer tenía ganas de expresar hacía rato—. Hiciste bien en avisar, muchacho. Sin duda luego nos confinarán, pero hemos de reconocer que los tres solos no hubiéramos podido apoderarnos de todo esto. Ya hicimos bastante antes de entrar aquí.

—Está bien, cabezota. Que no se hable más del asunto.

Y en aquel momento, al cruzar otra de las puertas, tropezaron casi con un hombre muy asustado, que al parecer Iba a llevar algún mensaje..., si era que quedaba alguien para recibirlo. Bruce lo encañonó con su arma.

— ¡Hola, amigo!—le dijo—. Nos vienes de perilla en este laberinto. Necesitamos alguien que nos guíe, y que conteste al mismo tiempo a algunas preguntas.

Negarse hubiera sido un suicidio. Y Bruce estaba dispuesto a cumplir su amenaza, pues le convenía saber muchas cosas.

—Contestaré a todo lo que me pregunten — dijo el hombre, convencido de la inutilidad de hacer lo contrario.

—Bien, empecemos: ¿Quién dirige todo esto?

—Nuestro jefe es Derek Conway.

—Lo que me suponía. Veo que aún me queda un poco de olfato. ¿Cómo funciona este meteoro? ¿Qué fuerza le impulsa?

—Un poderoso motor atómico, en el que todos hemos trabajado durante meses, pero cuya llave guarda Conway en un lugar secreto. Él es quien se encarga personalmente del funcionamiento del motor. Está en una cámara acorazada a prueba de bombas atómicas. Es absolutamente imposible penetrar en ella sin la llave.

Bruce hizo una mueca. Él preveía la posibilidad de que el funcionamiento del meteoro pudiera ser interrumpido, y ahora veía que sin la voluntad de Conway ello no sería posible. Las cosas se complicaban, porque Conway era sin duda un fanático, que preferiría morir antes que descubrir su secreto. ¡Y si era así, la humanidad estaba condenada!

Todo lo demás resultaba completamente secundario. Sin embargo, Bruce se hizo acompañar al gran depósito de las naves,

donde capturó a unos pocos «empleados», y luego, a otros distintos departamentos donde, en pequeños grupos y secundado ahora por los demás policías, acabó de apoderarse del resto del personal. Luego continuaron con su guía.

— ¡Esto se hunde, amigos! —exclamó Morris, gozoso, refiriéndose a los resultados de su expedición.

— Como siempre, cantas victoria al final de una batalla en vez de hacerlo al final de la guerra, Morris — le reconvino Bruce.

— ¿Querrías que las cosas anduviesen todavía mejor?

—Me gustaría tener bajo mi control los mandos de este meteoro convertido en nave, y los de la bomba atómica que ha de provocar la desintegración de todo el uranio cuando se haya hundido en la masa del Sol. ¡Ya ves que no es demasiado!

— ¡Y a mí me gustaría encontrar a mi tío! — añadió Helen, desilusionada—. Tenía la esperanza de hallarlo en alguna de las estancias que hemos visitado, pero no ha sido así.

— ¿Quién es su tío, señorita?—preguntó el hombre que se había convertido en guía forzoso.

—El profesor Fergus Warren, que, como yo, ha sido llevado a este astro contra su voluntad.

—El profesor Warren está en el despacho, con Conway. Son las estancias del fondo, donde hay la cámara de controles, los motores, el despacho y la fábrica de energía.

— ¿Cuánta gente hay allí? — preguntó Bruce.

—Sólo dos hombres. Los de mayor confianza. Uno en los controles y otro en la energía. Esto, aparte del profesor y de Conway.

—No son muchos. Llévenos allí.

—Será imposible entrar, señor — dijo el guía —. El conjunto de departamentos se cierra automáticamente por dentro, y sólo se abre mediante un severo control de la persona que los va a pasar.

Morris señaló una de las bombas que llevaba colgadas del cinto, junto al casco de vacío, que ahora se habían quitado todos.

—Aquí hay una llave que abre muchas puertas — dijo—. ¿Vamos, Bruce?

—Adelante. Algo hemos de intentar.

Avanzaron por otro pasillo, al fondo del cual se veía una puerta cerrada, que el guía señaló.

—La puerta es aquélla, señores — dijo el hombre—. Yo he cumplido llevándoles hasta aquí. Sería inútil que me exigieran más, porque está fuera de anís posibilidades.

—No le pedimos más — dijo Bruce— Incluso, si está en mis manos, le prometo un atenuamiento de pena como recompensa a la docilidad con que nos ha ayudado.

De nuevo le vino a la memoria su propia situación, y dejó escapar un leve suspiro.

Pero ahora había que seguir adelante, completando dentro de lo posible la conquista de aquel meteoro volador. También él, después de todo, tendría derecho a una rebaja en la pena, en consideración a los motivos que le habían obligado a insubordinarse y desertar.

— ¿Qué hago, Bruce? — preguntó Morris, cuando estuvieron ante la puerta—. ¿Empleo esta «ganada» que abre todas las puertas?

Y volvió a señalar una de las bombas que llevaba al cinto.

—Temo que no habrá más remedio — contestó Bruce—. Pero he observado que cada vez que nos disponemos a emplear una bomba, sucede algo que lo hace innecesario.

—Salvo en el caso de las casamatas de ametralladoras — puntualizó Morris.

Y en aquel momento, como si las palabras de Bruce hubieran sido escuchadas, la puerta se abrió, apareciendo un hombre por el otro lado.

—No hace falta que se molesten, señores — dijo el desconocido —. Prefiero abrir yo. Pueden pasar a mi despacho.

Bruce y Helen reconocieron a aquel personaje. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, seco, cuyas facciones denunciaban al eterno amargado. Pronunciaron su nombre ambos a la vez:

— ¡Conway!

Y Helen añadió:

— ¿Y... mi tío, Conway? ¿Qué ha hecho usted de él?

—Está en mi despacho, que es también el suyo. Pueden pasar cuando gusten. No teman, que no llevo armas.

—Es usted el que debe temer, no nosotros, Conway— puntualizó Bruce, con agresividad.

—Sé perder — contestó Conway—. Han podido desorganizar ustedes nuestros controles, y cuando hemos sabido que la Policía del Espacio estaba en el interior de «DC» era ya demasiado tarde.

— ¿«DC», verdad?—preguntó Bruce—. Las iniciales son muy significativas.

—Son las que impuso el jefe de nuestra organización, señores. Yo no soy más que el segundo de a bordo, y he de cumplir órdenes, como los demás.

— ¿Y quién es el jefe, si puede saberse?

—Lo van a ver ustedes tan pronto como quieran. Está en el despacho.

Antes, sin embargo, Bruce mandó encerrar a los dos únicos hombres que quedaban en el meteoro, y con ellos al que les había servido de guía, y que no les era ya de utilidad. Luego, dirigiéndose a Conway, ordenó:

—Bien, pasemos a su despacho, Conway. Presumo que vamos a tener una conversación muy interesante.

—Cuando gusten.

Les acompañó con la misma amabilidad que el dueño de una casa hace pasar a sus visitantes distinguidos. Abrió una puerta, se puso a un lado para ceder el paso, y señalando al interior, anunció:

—Están ustedes ante el jefe de la organización «DC», señores. Ante su jefe supremo.

Bruce dejó escapar un gruñido. El hombre que estaba en el despacho, sentado a la mesa como si fuese el jefe de verdad, era el profesor Fergus Warren. El tío de Helen. El hombre que había sido llevado al meteoro contra su voluntad, y que su aparición en la pantalla se había efectuado mediante un doblaje.

CAPÍTULO VI



E había puesto Helen muy pálida. Miró a Conway, enfurecida, al tiempo que exclamaba:

— ¡Farsante! ¿Por qué miente usted? ¡Sabe como nosotros que mi tío no está aquí por voluntad propia! ¡Que lo llevó por la fuerza, después de haberlo secuestrado, lo mismo que a mí!

—Es a él a quien corresponde contestar, señorita— dijo Conway, con su habitual calma.

Helen se encaró entonces con Warren.

— ¡Dile que miente, tío! ¡Dile que no es verdad nada de lo que ha afirmado!

—Calma, pequeña — contestó Warren, haciendo con la mano un gesto de apaciguamiento —. ¿Qué te hace suponer que nada de lo que ha dicho Conway es cierto?

— ¿Eh? No me vas a decir que pretendías destruir a la humanidad.

— ¿Y qué es la humanidad, chiquilla? ¿Qué vale al lado de Fergus Warren la humanidad entera?

Al pronunciar aquellas palabras, sus ojos brillaron de un modo raro, pero que no dejaron lugar a dudas en Bruce, que lo estaba observando.

—Loco — murmuró en voz baja, a oídos de Morris—. Está completamente loco.

—Pero yo tampoco puedo creer...

—Ya lo puedes creer todo, muchacho. Fallé en mis suposiciones, cuando os las expuse en la nave. Ese hombre es el jefe de todo.

—Sin embargo, los parlamentos, el doblaje, su captura...

—Hemos de suponer que nos lo explicará todo. Déjale que hable un poco, porque tiene ganas.

Helen seguía mirando a su tío, completamente aterrada. También ella se había dado cuenta del extraño brillo de sus ojos.

— ¡Tío! —exclamó—. Lo que dices no es posible. Yo no lo puedo creer...

El extraño brillo se acentuó, al tiempo que Warren recobraba la palabra:

—Fergus Warren ha sido el hombre más sabio de todos los tiempos, Helen. Yo lo he inventado todo. Yo lo he dado todo a la humanidad; todo lo que le es de alguna utilidad práctica en nuestros tiempos. Yo he renovado los mejores inventos del pasado, convirtiéndolos en cosa vieja y poco práctica. ¡Y yo, Fergus Warren, estoy condenado a morir, mientras esa estúpida gente que se ha aprovechado de todo seguirá viviendo! ¡Tengo derecho a llevármelos conmigo! ¿No es cierto?

— ¡No, tío! ¡De ningún modo!

— ¡Y yo te digo que sí! — repuso el loco—. ¡Pero no temas! ¡Tú estás destinada a salvarte, lo mismo que Conway y todos los que me han ayudado en esta gran empresa! ¡Tú irás a otra Galaxia!

— ¡No quiero ir a ninguna parte! ¡Quiero vivir aquí, con la demás gente! ¿Me oyes, tío?

Bruce la tomó ligeramente del brazo, y en voz baja la dijo:

—Calma, Helen, por favor. ¿No te das cuenta?

Aludía al estado mental de Fergus Warren. Éste, sin enterarse de nada, continuó:

—Cuando supe que debía morir de un momento a otro, cuando supe que no había esperanza para mí, ideé este gran proyecto. La casualidad me puso en conocimiento de la existencia de este meteoro de uranio. ¡Sólo yo supe que era de uranio! ¡La ocasión estaba en mis manos, y no la podía despreciar! Encargué a Conway que lo preparase todo. Él ha reclutado a la gente; él me ha servido como un perro, y él se salvará también de la catástrofe.

—Pero ¿y su secuestro, señor Warren?—preguntó Bruce—, ¿Y su falso parlamento por la televisión?

—Lo ideé yo, para quitarle responsabilidad, caso de que la Policía hubiese descubierto la cosa antes de tiempo— dijo Conway—. Lo mismo que las famosas iniciales. Helen fue secuestrada para que se pudiera salvar.

—Pero en este caso se comprometía usted.

—Yo podía alegar que ignoraba los verdaderos fines de Warren. Suponía simplemente que el gran inventor se proponía organizar otra de sus grandes cosas. He sido siempre su ayudante. ¿Quién iba a poder demostrar lo contrario?

— ¿De modo que no se marchó usted cuando lo de... Helen?

—Me retiré de escena, pero continué sirviendo al profesor. Entonces, el proyecto estaba ya en marcha.

— ¿Y el proyecto de mi captura?

—A usted se le quería capturar porque estaba relacionado con

Warren, a través de Helen, y era de los pocos que podían llegar al fondo de la verdad. Era un peligro.

—Sin embargo, he llegado a conclusiones parcialmente falsas. Parcialmente, porque le suponía a usted el jefe, cuando no era más que el segundo. Pero esto no le exime de responsabilidad.

—No trato de rehuirla. Cuando sea enviado a un tribunal, trataré de defenderme.

— ¡No irá usted a ningún tribunal, Conway — gritó Warren—. ¡Irá a otra Galaxia, donde podrá vivir en paz! ¡Y le concederé la mano de mi sobrina!

— ¡Eso no, tío! ¡Nunca me casaré con él!—exclamó Helen.

—Ni yo se lo pido, señorita — repuso Conway—. Se lo pedí una vez, pero no he vuelto a insistir nunca. Soy de los que saben aceptar su situación por dura que sea.

—Bien—dijo Bruce—. Ahora que sabemos algunas cosas más, espero que comprenderán que han de entregarme el control de los motores. El meteoro caerá sobre Saturno...

Warren contestó con una carcajada de loco.

— ¿Qué se figura usted, Bruce? — dijo, luego —. ¿Cree que le hemos dejado entrar aquí sin adoptar nuestras precauciones? ¡El meteoro no aterrizará en Saturno ni en ninguna parte!

— ¿Eh?

— ¡Ya no es posible, Bruce! ¡El meteoro no está en el cielo de Saturno, sino navegando por el espacio libre en dirección al Sol! ¡Nada le puede detener! ¡Yo lo he arreglado todo antes de permitirle la entrada aquí!

— ¿Usted ha hecho esto?

— ¡Es sólo cuestión de horas, Bruce! ¡Muy pocas! ¡El meteoro se precipitará en la masa del Sol, y entonces hará explosión! ¡La bomba está ya graduada! ¡Fergus Warren culminará su vida de gran inventor, provocando la explosión del Sol! ¡Toda la humanidad lo sabe ya, y está aterrada ante la noticia!

Sólo un loco podía hablar de aquel modo, y Fergus Warren lo estaba. Su vida había sido un delirio de invenciones, de creerse un ser superior, y no había sido capaz de resistir el terrible «shock» que representó para él la evidencia de su enfermedad y de su peligro de muerte. Warren no había sido capaz de aceptar su muerte con humildad, como tantísimas personas, y el terrible pecado de la soberbia se había apoderado de él por completo.

Todo había ocurrido sin que se enterase nadie.

Y los únicos que lo sabían, en vez de hacerle desistir, le habían

ayudado cobardemente.

Sin embargo, en aquellas circunstancias sólo se podía obrar de un modo ya, y fue como lo hizo Bruce.

Avanzó hacia la mesa, con la pistola atómica en la mano, y apuntando al pecho de Warren, dijo:

— ¡Entrégueme la llave de su cámara de motores, Warren! ¡Sé que no hay otro medio de abrirla, pero le juro que si no me la da le convierto al momento en una nube de humo!

— ¿Supone que la tengo, Bruce? — fue la respuesta del loco.

— ¿Quién la tiene, entonces?

—Nadie. Durante mi ausencia, la ha tenido algunas veces Conway, pero me la entregó apenas llegó.

—Entonces la tiene usted.

—Ya no. Hace unos momentos la he derretido en la fundición de la fábrica. ¡La llave de la cámara no existe, y aunque tuvieran ustedes el modelo, no dispondrían de tiempo para construir otra!

— ¿Usted ha hecho eso, Warren?

— ¡He querido asegurarme de mi obra! ¡El meteorito está marchando hacia el Sol a una velocidad de vértigo, sin posibilidades de detenerlo, y sin que nadie pueda retirar la bomba graduada que hay en la cámara de máquinas! ¡Esta es la obra de Fergus Warren!

— ¡Mil rayos!—rugió Morris—. ¿Y nosotros, pues? ¿Nos vamos a achicharrar todos?

— ¡No pienses en ti, Morris, sino en los millones de personas que van a perecer, sin que exista medio de salvarlas!

—Quizá con una de nuestras bombas...—insinuó Morris.

—-¡Prueben si quieren, y verán la resistencia de mi cámara a prueba del átomo! ¡No hay solución, señores!

Por la frente de Bruce corrían gruesas gotas de sudor. Aquello era naufragar a la vista del puerto. Había conseguido casi lo imposible: llegar al mismo corazón del meteoro, apoderarse de su gente y de sus jefes, y ahora resultaba que no había hecho nada.

No le preocupaba su proceso, que ya no se llegaría a realizar. Le preocupaban los millones de personas que iban a perecer a causa de la soberbia de aquel demente.

Miró a Conway, en ademán de súplica.

— ¿Realmente no se puede hacer nada? — preguntó.

—Nada para detener al meteoro, que se hundirá fatalmente en la masa del Sol.

—Pero usted ha tenido esa llave. Usted podía haberse hecho

construir un duplicado…

—Necesitaba la complicidad de otra persona, y no la hubiera conseguido. Warren lo tenía todo muy bien organizado.

—Entonces…

—Nosotros no nos precipitaremos en el Sol con el meteoro— dijo Conway—. Están las naves, que nos sacarán a tiempo.

— ¡Al diablo sus naves! ¡Yo no pienso en mí! — rugió Bruce—. ¡Es en la gente que va a morir! ¡Le aseguro que ni siquiera me pienso mover de aquí!

— ¿Eh? — exclamó Morris —. ¿Vamos a tener ahora dos locos? Tú te irás a tiempo…

—No, Morris. Tenía sólo una posibilidad de salvarme del deshonor, y era impidiendo que la catástrofe se consumara. Sólo así se justificaba mi rebeldía y mi deserción del Cuerpo. Sólo eso me hubiera podido reivindicar.

—Pues yo escaparé si puedo, te lo aseguro.

—Tú puedes hacer lo que quieras.

Mientras, el meteoro iba devorando centenares de miles de kilómetros, situándose cada vez más cerca de sus objetivos. En su interior, todos esperaban en silencio. Bruce, completamente abatido; Helen, pareciendo no existir, y Morris pensando con ansia en el momento de escapar de aquella cárcel volante.

El único que parecía estar animado era el loco. En cuanto a Conway, seguía tan imperturbable como siempre.

Fue él quien rompió el silencio al cabo de mucho tiempo. Consultó su reloj, y se limitó a decir:

—Nos estamos acercando demasiado. Es ya el momento de preparar la fuga.

— ¡Y yo todavía vivo! — exclamó Warren—. ¡Podré ver la realización de mi obra!

Morris se animó un poco, pero tanto Bruce como Helen, sentados uno junto al otro, no parecieron haberse enterado de nada.

Conway les tocó ligeramente.

— ¿No me han oído? Es el momento de embarcar— les dijo.

—Yo no me muevo de aquí — contestó Bruce.

Helen no dijo absolutamente nada.

—Vamos, Mac Donald, no querrá usted sumergirse en el Sol — insistió Conway.

— ¿Qué más da morir de un modo que de otro?

—Sólo morirá si se queda en el meteoro.

Bruce se levantó entonces. Encarándose furiosamente con Conway, gritó:

— ¿Y cree usted que acepto esa vida que me ofrecen? ¿Cree que deseo contemplar la muerte de mis conciudadanos, alegrándome aún de haberles sobrevivido? ¡! ¡Yo soy un hombre como ellos, y quiero sufrir la misma suerte¡ ¡Lo exijo!

Entonces, Conway se volvió hacia Helen.

—Trate de convencerle usted—'le dijo.

— ¿Yo? — contestó la joven—. Opino como él, y pienso quedarme.

— ¿Y si yo les digo que no morirá nadie? ¿Que sólo morirán los que por su tozudez se empeñen en quedarse aquí? — preguntó entonces Conway.

Se oyó una exclamación general, sobreponiéndose a todas la voz de Fergus Warren.

— ¿Qué? ¿Qué acaba de decir,Conway?

—Lo que es realidad señor Warren. No habrá explosión. Quería callármelo, reservarlo como sorpresa, pero ahora no es posible. Sobre todo porque de otro modo la señorita Helen no se iría de aquí.

—¿Quiere decir que me ha traicionado, Conway? —los ojos del loco brillaban terroríficamente.

—Quiero decir que yo, el pobre Derek Conway, el rechazado en todas partes, he salvado a la humanidad.

Warren se puso en pie. Dio media vuelta a la mesa, y, feroz, avanzó hacia Conway.

— ¡Explíquese, Conway! ¡Hable! ¡Quiero saber qué ha hecho! ¡Se lo exijo!

La voz de Conway sonó con la misma tranquilizad de siempre.

— Su bomba atómica No existe, Warren — dijo—. Yo no podía permitir semejante crimen.

— ¿Que no existe? — bramó el loco, agarrando a Conway por los hombros—, ¡Sepa que yo mismo la gradué!

—Paro no comprobó usted los dispositivos, que yo me había encargado de falsear durante una de sus ausencias. ¡Su bomba atómica no llegará a estallar nunca!

Warren estaba dando tremendas sacudidas al desdichado Conway.

— ¡Me ha traicionado! — gritaba—, ¡Me ha traicionado! ¡Pero no lo puedo creer aún!

—Lo verá usted cuando el meteoro se sumerja en el Sol. No

pasará nada.

— ¡Ha echado a perder mi obra, traidor!

—He salvado a la humanidad de las maquinaciones de un loco.

Conway consiguió desprenderse de Warren. Miró a Bruce y a Helen, y repuso:

—Acepté el encargo para hacerlo fracasar. Warren estaba loco, pero tenía influencias y no hubiera conseguido nadie que lo encerrase. Además, su locura sólo era evidente cuando hablaba de su proyecto. Muchos médicos le hubiesen declarado normal, y él hubiera sabido encontrar otros colaboradores menos escrupulosos. Warren es inmensamente rico.

— ¿Loco yo? ¡Traidor!

—Entonces me propuse fingir, que lo aceptaba todo, con el íntimo propósito de deshacer su obra. Mejor dicho, impedir que se consumara. Es lo que he conseguido, y me doy por satisfecho.

—Pero ha colaborado usted en otros delitos, Conway — le reconvino Bruce —. Tendrá que responder por ellos.

—Lo sé, y acepto mi situación. Sólo puedo decir que era el único camino, aunque ustedes no lo crean. Sin mí, Warren hubiera conseguido su propósito.

Entonces, en la mano de Warren apareció una pequeña pistola. Sus ojos brillaban con más furia que nunca.

— ¡Traidor!—gritó—. ¡Me has traicionado y lo vas a pagar!

Bruce vio el gesto de Warren y se lanzó hacia él, para impedirle consumar el asesinato. Pero fue demasiado tarde. El loco tuvo tiempo de apretar el gatillo, y mientras él y Bruce rodaban por el suelo, Conway caía también con el pecho atravesado.

— ¡Suelte eso, Warren!—gritó el policía, retorciéndole la muñeca.

— ¡No me importa ya! ¡Ha pagado!

Helen, sollozando, se arrodilló junto a Conway, por cuyo pecho manaba sangre en gran cantidad.

— ¡Conway!— exclamó—. ¡Yo no sabia...!

—Creo haber cumplido mi deber al impedirle realizar su plan — dijo el moribundo—. Cualquier otro camino hubiese fracasado, y se trataba de la humanidad.

Helen sollozaba.

— ¡Oh, Dios mío! ¡No sé qué pensar! ¡No me siento capaz de juzgarle, Conway!

—No hace falta que me juzguen..., por lo menos en este mundo

—dijo él—. Han visto todos a un falso Conway a través de las pantallas. Yo he sido siempre un fracasado, aunque galleaba y parecía otra cosa. Pero también estoy satisfecho de mi obra. También yo me apunto un triunfo, porque mi propósito era hacer fracasar a Warren, y lo he conseguido.

En aquel momento, el teniente Pierce y varios de sus hombres irrumpieron en el despacho.

— ¿Qué sucede aquí? ¿Quién es ese hombre del suelo? — preguntó el oficial.

Bruce, en pocas palabras, le puso al corriente de todo. No había tiempo que perder, pues con bomba o sin bomba, el meteoro acabaría sumergido en el Sol.

—Le agradezco que me haya dejado la iniciativa, teniente — concluyó Bruce — porque así mis amigos y yo hemos tenido la sensación de concluir solos la obra que hablamos empezado. Ahora estamos ya al final.

—Y sólo nos resta abandonar esto cuanto antes— repuso el teniente —. Pase lo que pase, con bomba o sin bomba, no podemos hacer más. ¡A las naves todos! ¡Los prisioneros serán evacuados en las suyas propias, y usted se hará cargo de una de ellas, Bruce!

—A sus órdenes, teniente.

Media hora más tarde, cuando el meteoro había rebasado ya la línea de Mercurio, un conjunto de naves lo abandonaban a toda prisa, tomando la dirección opuesta. La consigna era:

— ¡A la Tierra!

Aquella Tierra que muchos pensaban que desaparecería dentro de muy pocos minutos, pero que tendría que perdurar hasta que el Autor de todo lo creado lo dispusiera con Su Soberana Voluntad.

Ahora todos sabían ya que no había peligro. Que el Sol no estallaría. Pero, a pesar de todo, los que tripulaban aquellas naves no se acababan dé creer que todo se había salvado. Durante tanto tiempo habían vivido con la idea de que el Sol iba a estallar, que esperaban aún que de un momento a otro se produjera el cataclismo.

Warren era el más interesado de todos. Él ahora estaba convencido de que Conway le había mentido, y de que la bomba atómica explotaría en el interior del Sol cuando llegase el momento señalado para el estallido.

Le habían obligado a subir en una de las naves, la misma en que viajaban Bruce, Helen y Morris, y estaba con ellos en la cabina de mandos, reloj en mano, viendo transcurrir los minutos y con la vista fija en la pantalla de radar, donde aún se reflejaba el meteoro que

habían abandonado. No cesaba de decir:

—-¡Me mintió! ¡La bomba estallará en el momento señalado!

Su excitación iba en aumento, a medida que transcurrían los segundos. En su voz había verdadero frenesí:

— ¡Faltan cinco... cuatro... tres... dos... uno...! ¡¡AHORA!!

Pero no ocurrió nada. Se movió por la cabina, con los ojos desorbitados, y gritando:

— ¡Me traicionó! ¡Me traicionó!

— ¡Tío, tío! ¡Por favor!—decía Helen, tratando de contenerlo.

Todo era en vano. La locura de Warren estaba llegando al paroxismo. Rechazó bruscamente a Helen, que fue a parar a los brazos de Bruce, y siguió gritando:

— ¡Me traicionó! ¡Me traicionó!

De pronto, pareció como si se hubiese quedado tieso, parado en el centro de la cabina. Se llevó una mano al corazón, mientras una espuma sanguinolenta empezaba a brotar de sus labios.

— ¡Me trai...!—pudo empezar a decir, pero no tuvo ya aliento para terminar la frase.

Se desplomó pesadamente, y quedó inmóvil en el suelo de la cabina, mientras todos le contemplaban aterrados.

Estaba muerto. El segundo ataque había tenido lugar.

Helen rompió en sollozos, sostenida por Bruce, que miraba el cadáver con lástima.

—Tiene en su defensa que no sabía lo que se hacía— dijo—. Cuerdo, nunca hubiera pensado en tal cosa. Recordemos a Warren, el gran inventor, y olvidemos esto que no ha llegado a realizarse.

—Hubiera sido demasiado terrible — añadió Helen, entre sollozos.

* * *

Tres meses más tarde, Bruce Mac Donald estaba en la Base Principal de Neptuno, despidiéndose de sus compañeros de Cuerpo. Había conseguido licencia definitiva y se iba a dedicar a los negocios.

—Enhorabuena, Mac Donald —le dijo el capitán Halloway, al estrecharle la mano—. Ya sé que se va usted a casar.

—Me espera mi prometida en la misma Base. Nos casaremos antes de emprender el regreso a la Tierra.

—Tuvo suerte al impedir que aquello ocurriera, muchacho. De todas partes llueven felicitaciones. La Policía del Espacio se ha puesto

de moda gracias usted y Morris,

—Nos ayudaron los nombres del teniente Pierce, señor. Sin ellos, nunca hubiéramos conquistado el meteoro.

—Pero todo el mérito les corresponde a ustedes. ¿Y cómo se les pudo ocurrir que les iban a hacer Consejo de Guerra?

—Pues, ¡ejem!...

—Tenga usted en cuenta el terrible pánico que se había apoderado de todos los habitantes del Universo. Se llegaron a producir defunciones. La gente quería emigrar en masa, sin saber a dónde ir. Los gobiernos estaban perdiendo el control de todo.

—No pensaba que hubiese sido tanto, señor.

—Pues creo que aún me quedo corto. Y gracias a ustedes, a su valor y decisión, todo se pudo salvar. Claro que el mérito se lo ha llevado el Cuerpo en conjunto.

—Me congratulo de ello, señor.

Poco después, Bruce se despedía de Morris.

Morris preguntó:

— ¿Qué te ha dicho el capitán, muchacho?

—Pues que por poco nos atomizan. Que no hicimos nada...—comentó Bruce con burla.

— ¿Eh? ¡Me hubiera gustado verle a él allí!—y de pronto, cambiando de ideas, Morris exclamó—: ¡Cuando pienso la fortuna que valía aquel meteoro! ¡Y se lo tragó el Sol!

—Piensa que nos salvamos y que se salvó toda la humanidad. ¡Y... me están esperando, muchacho!

—Sí algún día piensas acometer otra empresa...

—Sólo pienso en una, y es muy personal. ¡Me voy a casar!

Y dejó por fin a su amigo, que no tenía prisa, para ir a reunirse con Helen, que le esperaba con impaciencia.

El pasado, con sus temores, quedaba atrás. Para ellos sólo contaba ya el porvenir.

¡Y se les presentaba tan feliz!


FIN

El punto brillante cada día estaba más cerca.

Los marcianos esperaban., intrigados y ansiosos, la llegada de aquella astronave procedente de la Tierra.

¿Cómo serían los seres que se acercaban?

¿Amistosos y pacíficos? ¿Monstruosos y crueles invasores?

¡TODOS TENÍAN QUE LLEVARSE UNA HORRIBLE SORPRESA!

Porque…

El horrendo secreto dormía en los profundos sótanos de

La ciudad prohibida

¡Es asombrosa la fantasía creadora de *H. S. THELS!,* dirá usted después de leer su próxima y escalofriante novela.

La ciudad prohibida

ULTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

189. — Mundo prohibido. — *Law Space.*

190. — El poder supremo. — *Clark Carrados*.

191. — Presas humanas. — *Law Space*.

192. — Incógnita. — *Clark Carrados*.

193. — El espejo negro. — *Johnny Garland*.

194. — Gladiadores cósmicos. — *H. S. Thels*.

195. — El hombre marcado. — *Law Space*.

196. — Mientras brillan las estrellas... — *H. S. Thels*.

197. — La gran profecía. — *Johnny Garland*.

198.— Los tecnócratas. — *H. S. Thels*.

199. — Deshumanización. — *H. S. Thels*.

200. — Tierra núm. 2. — *Clark Carrados*.

201. — Suero revelador. — *Law Space*.

202. — Arenas rojas. — *Johnny Garland*.

203. — ¡El silencio de la Tierra! — *Law Space*.

204. — ¡Sólo mi cerebro! — *Johnny Garland*.

205. — Agente de las estrellas, — *Law Space*.

206. — Inframundo. — *Clark Carrados*.

207. — Quinta dimensión. — *H. S. Thels*.

208. — La hora de la libertad. — *Law Space*.

209. — Humanoides. — *H. S. Thels*.

210. — Jim, de Júpiter. — *Johnny Garland*.

211. — Ciudadano estelar. — *Clark Carrados*

212. — El poder de la mente. — *H. S. Thels*.

213. — El sol puede estallar. — *Roy Silverton*.



Escena de la película LA CIMA DE LOS HEROES
(United Artiss. CB Films)
Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos